



# AUTISTA TESISTA

EDUARDO GRAELLS-GARRIDO



© Eduardo Graells-Garrido, 2024

© Editorial Ryuuko, 2024

ISBN 979-831-5280-65-1

Edición: Eduardo Graells-Garrido (@zorzalmecanico).

Corrección de estilo: Elisa Morales Giménez (lapsuscalami.cl).

Ilustraciones: Sebastián Franchini (@sebazebe).

Imagen de portada: *Torre de Babel* de M. C. Escher (1928).

Edición on-demand por Kindle Direct Publishing.

Autopublicación online, 9 de noviembre de 2024. La única fuente oficial de este libro es datagramas.cl.

Impreso por Amazon KDP.



# AUTISTA TESISTA

## ÍNDICE

**PREFACIO · 7**

**AÑO 1: FINAL FANTASY EN BARCELONA · 9**

**AÑO 2-1: PRESS START TO CONTINUE · 27**

**AÑO 2-2: MINERVA CONTRA LA BESTIA · 43**

**AÑO 3-1: LA PARTE DE LA MUJER · 59**

**AÑO 3-2: MEMORIA DE ACCESO ALEATORIO · 71**

**AÑO 4: PALABRAVENTURA · 83**

**AÑO 12: EL ECO DE UN GRITO · 95**



*A la persona detrás de tu máscara.*





## PREFACIO

The greatest thing  
you'll ever learn  
Is just to love  
and be loved in return

---

*Nature Boy*  
EDEN AHBEZ

Mi nombre era <PLAYER II>.

Soy profesor universitario de Ciencias de la Computación, investigador, escritor, editor. Soy amante. Soy una persona con múltiples rostros, tal como tú.

En mi vida llegó un momento en el que me cuestioné si quien estaba frente al espejo era yo, porque no lograba reconocer mi rostro. Buscando entender qué sucedía, a los 39 años fui diagnosticado dentro del trastorno del espectro autista.

Ahora bien, el autismo siempre estuvo en mi vida, es solo que no sabía cómo se llamaba lo que llevaba dentro de mí (¿o debería decir lo que era y soy?). De hecho, ya había buscado entenderme a través de un taller literario en el que escribí los relatos de este libro. Quise describir mi experiencia haciendo un doctorado fuera de Chile. Me inspiraron dos libros. Por una parte, *The PhD Grind*, de Philip Guo, que

leí mientras hacía mi doctorado y que describe la experiencia del autor con la misma empresa. Su historia contribuyó a que comprendiera mejor las distintas problemáticas que se enfrentan al desarrollar una tesis en un entorno de alto rendimiento, pero también era muy distinta a la mía. Y por eso pensé que habría algo que contar de mi parte. *The PhD Grind* es un libro gratuito, disponible en línea, y este libro también lo es. Por otra, *Las películas de mi vida*, de Alberto Fuguet, en el que un ingeniero de la Universidad de Chile cuenta su vida con historias que referencian a películas. En mi caso, esas referencias son videojuegos como *Final Fantasy* y *Street Fighter*. Y en vez de cines, hay *arcades* o *flippers* o *videos*, o, como se les llama en España, *maquinitas*.

Cada capítulo del libro se refiere a lo sucedido dentro de un año del doctorado, a excepción del último, que está escrito poco más de una década después de iniciar el programa. Como las primeras versiones de cada capítulo fueron elaboradas varios años antes de mi diagnóstico, no imaginé que estos textos me sirvieran para ver las características de mi autismo: el enmascaramiento, la imitación, los intereses focalizados, el pensamiento computacional, la dificultad de establecer relaciones sociales, la sensibilidad a las texturas de la comida, la complejidad de la relación con el cuerpo propio y ajeno.

En esos años descubrí algo que no imaginé que tendría: la capacidad de amar y de ser amado con intensidad. Si hay un aprendizaje importante en mi vida es ese. Lo aprendí gracias a una persona maravillosa, que me enseñó lo que es el amor, la entrega y la pasión.

Soy autista y soy feliz. Quiero compartir algo de eso hoy contigo. Quizás quieras hacer un doctorado o quizás ya estás haciendo uno. Quizás quieras saber qué se siente ser autista. O quizás simplemente quieras conocer la experiencia de alguien que ha pasado por múltiples partes del mundo de la computación. Sea quien seas, agradezco tu interés y espero que disfrutes esta aventura.



## AÑO 1: FINAL FANTASY EN BARCELONA

### Preludio

Mientras estudiaba Ingeniería, hacer un doctorado era uno de mis sueños. Desconozco el motivo detrás de ese sueño, quizás se debía a la mezcla entre el viaje a lugares desconocidos y una aventura llena de aprendizaje. Dicho de esa manera, comenzar un programa de posgrado en otro país se parece a un videojuego de rol japonés, en el que haces *spawn* en una ciudad desconocida, en la que se habla otro idioma, y sin grandes posesiones. Hay que descubrirlo todo, incluso la historia misma detrás del viaje. Así fue el inicio del mío, acompañado por mi esposa, Sofía Pajarito.

Llegamos a Barcelona poco después de año nuevo, en pleno invierno, sin conocer a nadie en la ciudad, y con el inventario vacío, pues se había perdido nuestro equipaje. Parecíamos dos personajes de *Final Fantasy VI* que comenzaron a vivir el preludio de lo que será algo épico para nosotros.

### Vivir en una pensión

Alquilar una habitación matrimonial fue difícil. Encontramos una en una página de avisos turbios, que ofrecía más disponibilidad y variedad que las páginas más serias, y a precios más bajos, aunque sin contrato ni recibo. Nuestra nueva residencia se ubicaba en el Eixample, un distrito que si era visto desde arriba, como en la perspectiva 2D de los juegos de rol de Super Nintendo, formaba una cuadrícula perfecta

de calles que ensamblan la ciudad. Su centro era el Paseo de Gracia, con edificios modernistas, incluyendo algunos de Gaudí y decenas de otros que intentaban imitarlos. Aunque eso dificulta diferenciar una calle de otra, es un barrio que estimula la caminata y la imaginación, sin rascacielos que roben la luz.

Nuestra pieza estaba en la quinta planta, equivalente a un octavo piso en Chile. La numeración comienza con la planta baja como cero, seguida por el entrepiso, la planta principal, y finalmente la planta uno. A pesar de su majestuosidad, este edificio no tenía ascensor, pero nos acostumbramos rápido. La habitación recibía buena luz natural y la Pajarito podía leer sin problemas en las tardes. Aunque no era pequeña, resultaba un poco incómoda, porque el espacio era devorado por unos muebles de melamina empotrados, instalados por la casera catalana.

Una noche, una araña apareció en nuestra cama; negra, de patas rojas y largas, como las arañas de rincón en Chile. Al verse descubierta, se escabulló rápidamente detrás de los muebles. ¿Y si nos picaba después? ¿Y si había más debajo de la cama, que no se podía mover? Nos levantamos y fuimos a un supermercado abierto las veinticuatro horas. Descubrimos que los ítems eran diferentes: aquí no existía el veneno para arañas. En Google no encontré nada similar al Raid que solíamos usar en Chile. En España, la picadura de una araña así no era tan distinta a la de un mosquito.

Algunos días me despertaba desorientado, sin reconocer el colchón, la ampolleta ni las junturas del techo, preguntándome: «¿Dónde estoy?». La respuesta se movía como la araña entre los armarios, recorría mi memoria tal como nosotros descubrímos las calles, maravillándonos con balconcitos llenos de flores y plantas en El Born, la ropa interior colgada a vista de todos en El Raval, los bares que abrían todo el día, lugar de encuentro diario de distintos ancianos en Santa Caterina. Nos perdíamos en los pasajes del barrio Gótico y probábamos sabores italianos, turcos, japoneses y dulces de época. A diferen-

cia del Eixample, que se construyó de manera planificada, las calles no seguían orientación alguna, y tampoco había una cordillera que me sirviera de referencia como en Santiago. En ocasiones me era imposible responder una pregunta sencilla: «¿Por dónde sale el sol?».

## El primer laberinto

Llamaba *lab* al laboratorio donde haría el doctorado. Aunque era un lugar estimulante, desenvolverse en él resultó difícil. Me estresaba presentarme, decir mi nombre, contar de dónde venía, y describir mi tema de investigación. La primera vez que lo hice olvidé lo que quería decir y, para peor, sentí que nadie se interesó en mi presentación. A los pocos minutos se me olvidaron los nombres de todas las personas que conocí.

Se socializaba al encontrarse en los pasillos y tomarse un café, o al jugar *futbolín* (así le llamaban al taca-taca). Alrededor de los jugadores de madera se contaban anécdotas, se definían problemas de investigación, se planificaban panoramas para las noches y fines de semana en la ciudad. Yo, que entendía cada palabra, al momento de querer expresar algo veía aparecer puntos suspensivos en el aire. Terminé alejándome porque ni siquiera sabía jugar bien al taca-taca. Los demás hacían magia con la pelota, incluso sin girar las piezas como remolinos, no como en los juegos universitarios o de playa en Chile, donde todo vale. Mis tiempos de descanso estuvieron dedicados a disfrutar la espléndida vista de la Sagrada Familia y sus eternas grúas.

El científico Cid Pollendina era mi *advisor*, pero pasaba tanto tiempo viajando que, en términos prácticos, yo no tenía a quién acudir realmente, puesto que no sentía confianza en nadie todavía. No pregunté directamente a nadie porque no quería dar una señal de debilidad.

Tampoco almorzaba con mis compañeros. No fue necesario esperar mucho para darnos cuenta de que, estando casado, la beca rendía mucho menos. Esto tenía un aspecto positivo: almorzaba junto a la

Pajarito. Nuestra rutina era simple y agradable. Ella preparaba la comida por las mañanas y me la llevaba en bicicleta, aprovechando el sistema público. Barcelona, con sus autos escasos y ciclovías abundantes, hacía que pedalear fuese placentero. Tras comer, paseábamos por los alrededores del *lab*. En una ocasión, llegamos hasta la rambla del Poble Nou y la playa. Mi regreso se demoró considerablemente, pero nadie cuestionó mi tardanza.

La primera aventura en el *lab* fue un *demo day*, una instancia donde cada doctorante presenta lo que ha hecho con una prueba de concepto. Me llamó la atención el proyecto de mi compañero Giuseppe Trieste, un explorador visual de noticias. Giuseppe describió que, a medida que hacemos clics en artículos noticiosos, creamos un rastro de información único, tal como si dejáramos migas de pan virtuales en nuestro camino. Él utilizaba esos registros para que los sistemas de información se adaptaran mejor a las personas, y no al revés, como sucedía en la web, donde nuestra «dieta de información», como la llamó Giuseppe, estaba a merced de lo que decidieran los ingenieros y sus algoritmos de recomendación de contenido.

Se me ocurrieron sugerencias para su proyecto, pero no me atreví a levantar la mano y decirlas en voz alta ante la mirada de todos. Temí hacer el ridículo, no sabía si serían buenas ideas ni si podría decirlo en inglés. Le escribí un correo después del evento. Al recibirlo, se incorporó frenéticamente y fue a buscarme a mi puesto. Para mi sorpresa, hablamos sin problema, con fluidez. Como solo éramos dos, no me sentí inseguro.

En *Final Fantasy* los laberintos suelen tener tesoros escondidos. A veces se encuentran por suerte, por haber tomado riesgos siguiendo un camino que parecía peligroso. Otras veces tienen un brillo tenue y pequeño, que solo se revela a quienes observan con minuciosidad. No sé si esta vez fue suerte o mis habilidades de observador, pero en esa conversación encontré un tesoro. En una esquina de su pantalla, casi tapado por una ventana de la terminal que no paraba de mostrar

resultados de análisis de datos ejecutándose en el momento, se reproducía un video musical con gráficas de un videojuego. Curioso, le pedí que me lo mostrara a pantalla completa: *Final Fantasy VII*. Le conté que me gustaba Nobuo Uematsu, el compositor de cada *Final Fantasy* que existía hasta ese momento, y que en Chile solía escucharlo a diario mientras programaba. Nos fuimos a la sala de estar y hablamos de música de juegos hasta que oscureció.

Salimos juntos del *lab*. Caminamos hasta la estación de metro Gories, donde Giuseppe tomaría una bicicleta hasta su hogar, en la Barceloneta. Antes de despedirnos, nos dimos cuenta de que yo intentaba hablar en inglés, mientras que él intentaba hacerlo en castellano. Acordimos ayudarnos corrigiendo nuestros errores en el futuro.

### **La side quest de la Pajarito**

Después de almorzar conmigo, la Pajarito se devolvía sin prisa. A veces visitaba el centro histórico, aprovechando lo amplia que era la oferta cultural gratuita. Otras buscaba trabajo. No podía ejercer como psicóloga, porque el costo de validar sus estudios era inalcanzable para nosotros. Intentaba dejar su currículum en librerías y tiendas de moda para ser vendedora, pero ni siquiera se lo recibían por ser extranjera.

Un día aterrizó en su casilla un correo de un psicoanalista lacaniano que conoció durante la carrera. Él había evaluado un trabajo de la Pajarito sobre su película favorita, *The Pillow Book*, de Peter Greenaway. En el correo, el psicoanalista le contó que, mientras caminaba por Ciudad de México, observó un edificio que le llamó la atención por su arquitectura y los textos grafiteados sobre la fachada. Esto último le recordó la película e instantáneamente pensó en ella, o, más bien, en su escritura. Puedo entenderlo: desde que la conocí, la Pajarito podría pasar horas hablando de psicoanálisis, de escritura, piel y cuerpo; por eso, esa era su película predilecta. Su capacidad de estimular la memoria a través de historias me inspiraba.

Ella le contó que sus planes de ser psicoanalista estaban en pausa porque se había mudado a Barcelona. En un segundo correo, el psicoanalista le sugirió visitar a su colega, llamado Carlos Libedinsky, cuyo despacho se encontraba en la Vía Augusta, en medio de un distrito comercial adinerado.

Así lo hizo. La Pajarito se fascinó con la biblioteca de Libedinsky y sus más de seis mil libros, que incluían las obras completas de Sigmund Freud, los seminarios de Jacques Lacan, toda la obra traducida de Yukio Mishima, y otras obras que podía explorar con libertad mientras conversaban. Imaginé una biblioteca con formas geométricas y colores cayendo desde tragaluces hechos de vitrales y sentí envidia porque el *lab* era moderno, pero no mágico.

También me contó que le habló de mí a Libedinsky. «No te contaré qué», me dijo con su mezcla de timidez y picardía.

## Guías e inseguridades

Cid viajaba mucho, pero cuando estaba en el *lab* aprovechaba para enseñarnos cosas. Una de ellas fue el juego de publicar. Nos explicó que publicar un *paper* no siempre es sinónimo de méritos ni de calidad, sino que otros factores influencian la partida:

- «El momento en el que se decide publicar algo».
- «La conferencia o revista a la que se envía, porque cada una tiene su propia nomenclatura, su propia visión del mundo».
- «Las personas que revisan; a veces simplemente tienen un mal día, otras no entienden lo que leyeron; no es que no lo entiendan por no querer, más bien no lo hacen porque el artículo puede ser de otra área de especialización».

Al decir esto último hizo una pausa y luego apuntó: «En esta época, la computación tiene tantas subáreas que es imposible ser experto en todas, y alguien tiene que revisar cada trabajo».

Aprendí que escribir un artículo requiere estrategia. Se debe ser precavido y anticipar posibles críticas, hay que explicar claramente para los no expertos, considerando el impacto emocional de lo escrito, a pesar de que la ciencia se crea objetiva; y se debe elegir la conferencia adecuada para presentarlo.

Aunque Cid nos mostró las reglas y la estrategia del juego, esto se aplicaba a la publicación de *papers* individuales, resultados experimentales. Pero ¿qué sucede con la tesis? ¿Qué es una tesis, de hecho? Cid no lo explicó y tampoco supe cómo preguntarlo, porque no me creí capaz de entender la respuesta. Encontré una, poco tiempo después, cuando visitamos el Museu Picasso en un día de puertas abiertas.

El museo era una casona medieval en una calle angosta de El Born, en la que el sol llegaba al suelo al medio día exacto, con los rayos de luz clavándose entre las piedras del suelo como una jabalina. Había dos exposiciones, una dedicada al Período Azul de Picasso y otra a *Las Meninas*, su propia versión de la obra clásica de Velázquez. De la primera, me desgarró la pintura titulada *Les deux saltimbanques*, donde una pareja está sentada en la mesa de un café parisino, en una actitud cercana e íntima físicamente, con expresiones de tedio y miradas apuntando en direcciones opuestas. Fue como verse desnudo en un espejo encantado, pero la desnudez no era mi carne, era lo que entendía que estaba separado de mi cuerpo, el «yo». Vi en el reflejo que no me sentía seguro de mi tema de investigación, tampoco de mi sociabilidad, y me pregunté si sería siempre un desadaptado en una ciudad a la que no sabía para qué había venido, porque nadie me explicaba qué significaba hacer un doctorado, donde no había ningún camino trazado, porque nadie me decía cómo seguir avanzando, y donde tenía que descubrir constantemente cuál era la siguiente etapa, tanto para mí como para la Pajarito. Tantas dudas me producían angustia y en esa obra se encarnó en la distante cercanía de sus protagonistas. Lloré como siempre lo hago, sin lágrimas, y no dije nada hasta que salimos de la sala, cuando mi garganta ya había recuperado su funcionalidad.

En la siguiente exposición se mostraban *Las Meninas*: cincuenta y ocho versiones de la obra, cada una un experimento diferente, un paso más hacia la visión que quería plasmar en su lienzo final. En vez de liberar al mundo esa única visión, presumiblemente la última, Picasso exhibió cada iteración, dándome a entender que el resultado de una investigación no se obtiene de inmediato, ni de un brinco ni sin replantearse el destino durante el camino. La prueba y el error eran necesarios, los desvíos eran la columna vertebral del proceso. Algo fácil de decir e interpretar. Me cuestioné si yo era capaz de lograrlo.

Ya fuera del museo, en el Passeig del Born, le conté a la Pajarito que me aterraba no saber salir del estancamiento. Temía que cayéramos los dos. Ella me dijo que estaba insegura, porque yo estaba rodeado de gente brillante y ella no tenía ni tendría jamás ese nivel de conocimientos. Pero ella albergaba la sensibilidad de la que yo carecía, ella divisaba lo que yo no logaría ver por más que agudizara la vista. No queríamos lo mismo, mirábamos en direcciones opuestas, pero estábamos juntos.

Ese era el secreto que buscaba en el sinuoso camino de la investigación. Esa era la tesis: mi propuesta de hacia dónde debía observar. Nadie me lo había descrito porque debía descubrirlo por mi cuenta.

## **Giuseppe se une a la compañía**

Giuseppe era más joven que yo. Había entrado directamente al doctorado luego de licenciarse. En Europa las carreras profesionales son más cortas: su programa de informática duró cuatro años, más dos de un máster; el mío, seis, y además me retrasé dos años y me tomé dos más, también en un máster. A pesar de la diferencia de edad, hicimos clic, lo que me llamaba la atención porque no parecía haber una brecha generacional en nuestras perspectivas de la vida, algo que sí percibía con quienes eran ligeramente mayores a mí. Sin embargo, sí había una brecha tecnológica, porque su versión favorita de *Final Fantasy* era la

VII, no la VI. *Final Fantasy VII* fue lanzado en PlayStation, una consola que presentó un cambio abismal de gráficos en dos dimensiones (como en Super Nintendo) a mundos virtuales en tres, con música sintetizada por un chip a samples de instrumentos reales.

—Hey, <PLAYER II>, ¿ves esta canción? —me dijo una tarde, refiriéndose al tema «One Winged Angel», de *Final Fantasy VII*.

—En castellano decimos que las canciones se escuchan, no que se ven —corregí.

—Lo digo en serio, yo las veo. Toma, pruébalos —insistió, pasándome sus audífonos Sennheiser.

—¡Qué viejos tus audífonos!

—Sí. Eran de mi papá, tienen más años que yo.

Sentí una leve envidia por no tener un objeto que me vinculara a mi padre. Mis padres me habían regalado un MP3 diez años atrás que yo recordaba con cariño, pero ya había dejado de funcionar. Giuseppe apoyó una oreja en un lado, con un gesto me indicó que hiciera lo mismo. Presionó play y escuchamos el coro de la canción:

*Estuans interius*

*Ira vehementi*

Pausa.

—Significa «quemándose por dentro con rabia violenta» —explicó, y presionó play otra vez.

Yo escuchaba ruido, él me explicaba que era caos. Pausa de nuevo: estática y niebla. *Play*. El sonido armónico de percusiones complejas y sus conexiones con el resto de los instrumentos era sinergia pura. Lo que Giuseppe relataba me ayudó a darle un nombre a la sensación que me producían sus ideas y el código fuente de sus proyectos. Algoritmos de creación con rabia violenta. Así como yo programaba como quería escribir, él programaba como quería componer.

Esa tarde llegué a casa con un sentimiento que creía olvidado: el de tener un nuevo amigo.

## **SAVE ROOM**

En su última reunión, Libedinsky le preguntó a la Pajarito qué pensaba hacer. Habían tenido conversaciones largas pero informales. Era hora de formalizar esa relación. ¿Iba a psicoanalizarse con él, para iniciar su formación como psicoanalista lacaniana? Analizarse era una decisión mayor, una meta que ella siempre había deseado alcanzar. La idea de que todavía le faltaba experiencia de vida para analizar la hizo dudar. Respondió que lo pensaría.

Cuando quería pensar, la Pajarito caminaba entre el Gótico y Santa Caterina. Cerca de la calle que separaba ambos barrios, la Via Laietana, vio un edificio al que no le había prestado atención antes, otra de las tantas casonas medievales restauradas. Era un centro comunitario para mujeres llamado Espai Francesca Bonemaison y tenía sus puertas abiertas para un evento, la presentación de un diplomado de género para políticas públicas. Le interesó la propuesta y entró. Más tarde, en el vino de honor posterior, conoció a una mexicana que iba a estudiar a la biblioteca del Espai. A ella también le gustaba Peter Greenaway y leía a Lacan. Conversaron toda la tarde y pudo comprender cuánta falta le hacía hablar con una persona que no fuera yo después de tantos meses en la ciudad.

Su nombre era Dolores. También vivía en un departamento compartido, aunque llevaba ya un par de años en la ciudad. Incluso había trabajado «en negro» en diversos restaurantes. Sus condiciones eran mejores que las nuestras: vivía con dos personas más y tenían dos baños. Nosotros, en cambio, ya no soportábamos la pensión, puesto que compartíamos un único baño con otras ocho personas. Sumado al sube y baja interminable de las escaleras, a que la televisión se apagaba a las doce, a que el agua caliente empezaba a funcionar a las siete, a que solo podíamos lavar los sábados, a que la cocina no tenía horno, a que las ambulancias al Hospital Clínic pasaban cada noche despertándonos con sus sirenas y a que no podíamos *follar* (adquirimos esta

palabra) sin pensar en que todo el edificio se enteraba de que estábamos haciéndolo... vislumbramos que la búsqueda de un nuevo nido para nosotros era algo urgente y necesario.

## Mi primera *side quest*

En el *blog* del Museu Picasso encontré un llamado a participar en una *hackathon*, un evento que convocaba a programadores y *makers* para «democratizar colecciones digitales de patrimonio». En dos días había que crear e implementar una prueba de concepto de la idea. Un premio de mil euros fomentaría la continuación del desarrollo. Era un valor tentador, casi el total de mi beca mensual. Propuse a Giuseppe que participáramos: no solo seríamos un buen equipo, podía ser una oportunidad para aprender y hacer algo diferente. Yo aportaría mi manera racional de ver los problemas y mi experiencia trabajando en código; él, su curiosidad y entusiasmo desbocados, su originalidad y sus habilidades de presentación.

Fuimos a la cafetería del laboratorio a discutir nuestras ideas preliminares. Giuseppe llevó un paquete de galletas de cacao con estrellas glaseadas. No podía concebir pasar un día sin haberlas remojado en café con leche, eran algo así como las galletas Tip-Top para mí. Cada vez que Giuseppe viajaba a Italia, volvía con una maleta llena.

—¿Y si las pinturas del siglo XVII son equivalentes a los *posts* en *social media* hoy? —comentó—. Si Leonardo hubiera *taggeado* a la Gioconda, hoy sabríamos quién era ella.

Remojamos nuestras galletas, pensando.

—También podríamos usar Wikipedia y así sabríamos con quiénes se relacionaban los artistas —sugerí.

Remojamos más galletas y nos miramos. Nuestras mentes convergieron al imaginar una aplicación para navegar la red de conexiones entre artistas y sus obras, alimentada con los datos disponibles. Su-

mergimos más galletas hasta que se acabaron nuestros *machiattos*, contentos porque teníamos un proyecto, una aventura paralela.

Solo faltaba la aprobación de Cid.

Como él no estaba en España en ese momento, le escribimos un correo. A los tres minutos obtuvimos una respuesta: «No necesitan mi permiso, ustedes están aprendiendo a investigar y un investigador se embarca en aventuras cuyo destino desconoce. ¡Buena suerte!».

### Dolores se une a la compañía

Al mes siguiente encontramos un ático junto a la Iglesia de Santa María en El Born, en un sector donde los nombres de las calles provienen de las profesiones que se desempeñaban en cada una durante el medioevo. Nosotros estábamos en la Calle de las Trompetas, pero también había de los Escuderos, de los Encurtidos, de las Lavanderías y otras similares. Parecía que el tamaño de las calles dependía del grado de necesidad de lo que se había vendido en ellas: la Calle de las Trompetas era angosta y corta; la Calle de los Escuderos, larga y muy comercial.

El ático estaba en la quinta planta o séptimo piso. La finca tenía escaleras angostas e irregulares; tampoco tenía ascensor, pero en ese barrio no había ascensores excepto en los edificios reformados. Este parecía construido a pulso, como si cada piso hubiese sido agregado sobre el otro algunos años después por las personas que vivían ahí. Suena peor que nuestro alojamiento anterior, pero éramos más felices allí, estábamos más motivados y alegres. ¡Teníamos una cocina propia con horno! Los fines de semana yo hacía postres, mi especialidad era la leche asada (que nuestros amigos insistían en llamar flan). Durante la semana, la Pajarito cocinaba platos salados. Otras veces hacía pan. Un día horneó marraquetas para los choripanes de la once.

Una tarde yo regresaba del *lab* en bicicleta y, mientras esperaba en un semáforo cerca del Parc de la Ciutadella, apareció Giuseppe junto a mí en el carril. No habíamos coincidido ese día porque tuvo que hacer

trámites. Lo invité a comer con nosotros. Quise avisarle a la Pajarito, pero no tenía plan de datos ni de llamadas en mi celular. Ella lo conocía y Giuseppe ya le caía bien; de hecho, había probado sus empanadas de pino. Así que lo invité y fuimos juntos al nido. Pasamos a una tienda de cecinas frente a la iglesia para comprar un buen jamón ibérico y queso manchego. Al subir y abrir la puerta, encontramos a la Pajaritoriendo los chorizos y a Dolores picando tomate en la cocina.

Al mediodía, Dolores había llamado a la Pajarito para salir en la tarde. Sucedió una conversación paralela a la de Giuseppe conmigo: también los choripanes, también las marraquetas, también la invitación improvisada. Entonces Dolores compró una botella de vino y los ingredientes para preparar salsa pico de gallo, que es igual al pebre: tomate y cebolla picadas, cilantro y ajo. Hablamos de comidas típicas, de los colores de las banderas de México e Italia, de que Dolores y Giuseppe estaban de cumpleaños el mismo día. Tanta coincidencia parecía sacada de la historia de un juego de fantasía.

Comenzamos a vernos con frecuencia. A menudo nos reuníamos en nuestro hogar, donde preparábamos completos y empanadas de queso. Yo aprendí a hacer asados, aprovechando nuestra terraza, algo que nunca había hecho en Chile porque no tenía dónde hacerlo y, fuera de casa, siempre había un parrillero designado. Otras veces nos veíamos en el departamento de Dolores, en Gracia, donde comíamos frijoles, enchiladas y pollo con mole poblano. El mole me sorprendió: es una salsa con más de cuarenta ingredientes, entre ellos cacao y múltiples especias, y, por supuesto, *chile*; es áspera y amarga, exquisita. Giuseppe también cocinaba. En su departamento, en plena playa de la Barceloneta, nos solía preparar distintas variaciones de risotto: con *zucchini*, con mariscos, con champiñones, con tomate.

Una de esas noches primaverales en la Barceloneta salimos a sentarnos en la arena. Como ya habían cerrado los chiringuitos, compramos cerveza a los *pakis*, los pakistaníes que la venden a un euro en la

calle. Conversamos hasta que, sin anticiparlo, descubrí la respuesta a una pregunta que había dejado de hacerme: vi el sol salir por el mar.

## El primer jefe

El día de la *hackathon* me tiritaban los ojos cuando llegamos a la biblioteca del Museu Picasso, ubicada en una plaza oculta llamada Flas-saders. De acuerdo con la traducción, es la calle donde se fabricaban mantas. Me pregunté si algún día habría una *Calle de los Hackers*, aunque en catalán se utiliza la expresión *pirata informàtic*, que no me parece una traducción adecuada, ya que *hacker* es una persona que expresa un sistema informático más allá de sus capacidades aparentes, no es necesariamente un pirata.

En total éramos diez equipos provenientes de toda Europa. El único latinoamericano era yo, que para efectos prácticos contaba como alguien de Cataluña, más por mi apellido que por vivir ahí. En el cóctel inicial conocimos a Jaume Sabadell, un catalán de voz ronca que parecía hablar a través de un agujero en la garganta. Siempre enojado, con cada palabra levantaba más la voz; afortunadamente mantenía cortas sus frases. Aunque se definía como activista de la cultura libre, en verdad era un fundamentalista condenado a ser oprimido para siempre. De hecho, reclamaba que la *hackathon* no era de *hackers* verdaderos, porque no había colaboración, sino competencia por el dinero y falta de vocación. No estaba tan equivocado. Queríamos la plata, pero también queríamos colaborar y aprender. No eran aspectos excluyentes.

Después de las presentaciones nos sentamos en nuestros puestos, nos equipamos con nuestros audífonos y nos sumergimos en nuestros espacios virtuales. Entre cada audífono comenzó a fluir un rayo de ideas, algoritmos que se construían al ritmo de la música de Nobuo Uematsu. Programábamos con rabia, nuestro código era sucio; sin embargo, hacia el trabajo, no necesitaba los formalismos ni las buenas prácticas de la ingeniería. A decir verdad, esas eran trabas que Giuseppe

no tenía, era yo el acomplejado con la correctitud de un sistema. Era, porque ese día terminé de romper esa obsesión con lo predecible y lo medible que aprendí en Ingeniería en la Universidad de Chile. Nada de eso servía en la *hackathon*. Mientras programaba pensé: «¡A la mierda con la Ingeniería de Software!».

### **Una bifurcación en el camino**

El Raval también era conocido como Barrio Chino, un lugar de prostitutas, comida barata y locales de desbloqueo de celulares. Los lanzazos eran frecuentes, algunas personas tenían miedo de ese barrio, sobre todo las europeas. Pero dos mujeres latinoamericanas saben cuidarse y estar alertas, de modo de poder disfrutar la idiosincrasia del lugar y sus atractivos. El día de la *hackathon*, la Pajarito y Dolores se sentaron en un puesto que ofrecía té marroquí con hierbabuena y *baklavas* de pistacho. Dolores le contó su historia: estuvo casada, viviendo en Colombia; estudió Economía y Antropología en México, y viajó a Barcelona a estudiar Sociología.

Esa noche la Pajarito me contó su decisión. El deseo del psicoanálisis era de una época pasada, de alguien que quedó atrás en Chile. Había resuelto ingresar al programa en la Escola de la Dona. Me gustó oírla decidida, pero más me gustó cómo describía lugares de la ciudad que yo no conocía todavía, sus nuevas maneras de descubrir rincones y gustos con Dolores. La Pajarito me relataba historias y yo la escuchaba deleitándome con el brillo de sus ojos pequeños.

### **Experiencia y oro**

En el segundo día de la *hackathon*, los jueces daban vueltas por la zona de programación, intruseando en los avances de cada equipo y ofreciendo ayuda simbólica, porque cada grupo tenía sus ideas prototipadas y no era mucho lo que se podía cambiar. Se acercaron a nosotros para preguntarnos sobre el proyecto. Respondimos que era «un

Facebook del patrimonio cultural, donde los perfiles eran de pintores, músicos, escritores...; es decir, una red social artificial en la que todo artista que apareciera en Wikipedia o en cualquier colección digital tendría su perfil. Las personas podían ser amigas, pareja o familiares si la enciclopedia señalaba que lo habían sido durante sus vidas. El sitio también incluía grupos, determinados por los movimientos artísticos, que también aparecían caracterizados en la enciclopedia a través de sus múltiples taxonomías. En el cubismo estaba Picasso; en el surrealismo, Magritte; en el modernismo, Gabriela Mistral. Los álbumes fotográficos eran las colecciones de la fundación organizadora. Las citas famosas de cada personaje, *posts* en sus muros que provenían de las múltiples páginas que recolectaban sentencias proverbiales. Las reacciones que generó *Timebook* fueron así: «¡Vaya, qué original!», «¿Se imaginan si lo usamos en nuestro museo?», «El potencial educacional es enorme», «¿Cuál es la dirección web? ¡Me encantaría verlo!».

Sentíamos que el premio ya era nuestro al escuchar los elogios. Aunque algo que dejaron claro los jueces es que una buena idea no gana por sí misma, teníamos que venderla bien en los tres minutos de presentación, en un *pitch*. Programamos hasta que salió humo de nuestras máquinas, preparamos el *pitch* hasta que salió humo de nuestras cabezas. Primero hablaría yo, ofrecería el contexto general y comentaría sobre la tecnología; luego, Giuseppe, el mago que sabía guiar la atención del público y maravillarlo.

La presentación salió tan bien que incluso el ronco Jaume Sabadell nos aplaudió.

Un cóctel buscó aliviar la media hora de tensión mientras deliberaba el jurado. Me comí todo lo que encontré. Estaba ansioso, no solo por el resultado, sino también porque sentía que fui el ayudante del acto. Supe que tenía que mejorar, que debía aprender del mago, pero sin achicarme. Tenía claro que ambos aportamos por igual al proyecto.

Después la directora del museo presentó los resultados. En su discurso la situación era *win-win* para todos y debíamos estar felices por

ello. Ella estaba agradecida por el esfuerzo de cada equipo, todos aplaudimos de manera hipócrita porque sabíamos que solo había un ganador y el resto serían perdedores. Por fortuna para mis nervios, los ganadores fueron anunciados de inmediato, sin suspenso. *Play*. Fueron los de la aplicación móvil que avisaba cuando uno pasaba cerca de un lugar histórico que tuviese obras de arte. Pausa. No entendí nada. Si nuestra idea fue tan popular y generaba reacciones entusiastas, ¿por qué los jueces dijeron otra cosa? *Play*. A decir verdad, no estaba decepcionado porque tenía la derrota por costumbre. Las había perdido todas, desde el torneo de *Street Fighter* más pequeño hasta los intentos de obtener una Beca Chile para estudiar en el extranjero. Giuseppe, en cambio, estaba frustrado, como si todas las galletas que tenía se hubiesen deshecho en el café.

Recordé las estrategias que nos enseñó Cid. Concluí que nos dejamos llevar por un aspecto del trabajo, el emocional, pero no consideramos los otros. La frustración de Giuseppe me hizo comprender que mis años extra de experiencia valían. Así como él me enseñó cómo había que transmitir los resultados de un trabajo, sentí que era mi turno de enseñar algo. Lo abracé y le dije:

—Giuseppe, esta fue solamente la primera aventura. El juego no ha terminado y ganamos una linda experiencia. Sigamos juntos.

No sabemos si fue para celebrar lo logrado o para olvidar la derrota, pero fuimos a beber cañas a un bar perdido en El Born, donde se nos unieron la Pajarito y Dolores, como cuando el equipo completo en *Final Fantasy* va a una taberna. Ya borrachos, comenzamos a caminar por el barrio, riéndonos de los rayados contra los turistas y disfrutando las obras de arte mural escondidas en las callejitas angostas.

Al terminar el recorrido, Dolores y Giuseppe se fueron caminando juntos, a pesar de vivir en lados opuestos de la ciudad. Con la Pajarito regresamos a nuestro nido. Con las ventanas abiertas, esa noche no nos importó si alguien nos escuchaba.



Fight  
??  
Hack  
Magic  
Item

Pajarito	1804
Player II	1982
Giuseppe	1755
Dolores	1998

*Al final, nuestros mayores enemigos eran nuestras propias expectativas.*



## AÑO 2-1: PRESS START TO CONTINUE

Mi segundo año en el doctorado estuvo lleno de contradicciones. Me sentí atrapado, en parte por mi inseguridad, en parte por mi ceguera. Lo resumo en tres momentos: primero, cuando dudé si debía seguir en el doctorado; segundo, cuando nos fuimos a San Francisco para responder esa duda; tercero y final, cuando volvimos a Barcelona, ya sabiendo que debía continuar en el camino. Este proceso terminó bien, porque ya no solo sabía por qué hacía un doctorado, sino también por qué debía terminarlo.

### Barcelona

**Lo personal:** Era feliz con la Pajarito y teníamos amistades significativas. Disfrutamos Barcelona y con el pasar del tiempo dejábamos de sentir la lejanía de nuestro país. Como en Chile, teníamos un mundo común en nuestro matrimonio, pero también esferas únicas de amistad para cada uno. En lo académico, estaba en una situación privilegiada: pertenecía a uno de los laboratorios de computación más importantes, donde colaboraba con personas provenientes de todos los continentes que llevaban a cabo investigación de impacto a nivel mundial. Siempre había temas por descubrir, tanto académicos como fuera del *lab*.

**Lo académico:** Pero incluso dentro de ese ambiente fructífero no lograba avanzar. Me preguntaba si hacer el doctorado había sido la decisión correcta. La razón para comenzarlo fue clara en todo momento, pero no podía encontrar una para continuarlo. Terminó siendo una aventura riesgosa, como cruzar un puente de cuerdas sobre un barran-

co y paralizarse a medio camino al ver los roqueríos debajo. Al comparar mi inglés, mis ideas, mis publicaciones y mi potencial con los de los demás, siempre salía mal parado. Mis cálculos tampoco eran optimistas: era el mayor de mi generación y, si existía alguna tasa de contribuciones a la ciencia por año de vida, ya no llegaba a tiempo para destacar en ninguna carrera. En contraste, en el laboratorio había investigadores más jóvenes que yo, con más logros y más futuro. Me sentía frustrado y sin esperanza, y en ocasiones invisible, porque nadie reparaba en mi situación. El trabajo del tesista es, a fin de cuentas, individual. Además, dentro del laboratorio era una *rara avis*, porque mi tema de investigación era de una disciplina distinta a la de los demás.

**Vidas extranjeras:** Barcelona es una ciudad cosmopolita, pero unas personas son más cosmopolitas que otras. Me consideraba más extranjero que los demás, en tanto, si bien había diversidad internacional en el *lab*, muchas personas tenían una identidad compartida, porque eran de Europa, o bien, a pesar de ser de países no europeos, tenían la posibilidad de viajar a donde quisieran, porque ir a cualquier lugar era más barato que volar a Chile. Para peor, los trámites migratorios eran complicados, porque la policía trataba distinto a un *expatriado*, como llamaban a otros europeos o gente proveniente de países desarrollados, que a un *inmigrante*, como nos llamaban a los sudamericanos. En realidad, nosotros también elegíamos llamarnos así.

**Vidas locales:** Estábamos al tanto del movimiento independentista catalán, pero no lo comprendíamos. Tampoco veíamos las distintas injusticias sociales, quizás porque nuestro punto de referencia era nuestro país, donde desde lejos todo parecía peor. En cambio, teníamos un interés genuino en saber lo que sucedía en Chile. Nos impactó el asesinato homofóbico de Daniel Zamudio, cuya repercusión llegó hasta nuestra nueva ciudad. Me acongojó saber que uno de sus asesinos, aquel que imitaba a Michael Jackson, había compartido espacio conmigo: él también visitaba los Entretenimientos Diana del Paseo Ahumada de Santiago. Yo iba a jugar *Street Fighter*, él iba por los videojuegos de

baile, como *Dance Dance Revolution*. Me pregunté si, quizás, por la popularidad de «Los Diana», alguna vez el joven Zamudio también anduvo por allí, coincidiendo conmigo o con quien lo golpearía brutalmente en un parque años más tarde.

**Cid, con quien pensaba trabajar:** Llegué al doctorado gracias a Cid Pollendina, un científico de renombre en Chile al que conocí por los cursos de algoritmia que dictaba en la Universidad de Chile. Luego se mudó a Barcelona para crear el *lab*. Cid viajaba constantemente, tanto que en Chile se bromeaba diciendo que él pasaba más tiempo en aviones que en tierra firme. A veces lo imaginaba como un ingeniero que viviese en barcos flotantes, como su tocayo de *Final Fantasy IV*. Ambos se asemejan a esos enormes osos barbudos amables de los cuentos de fantasía. Y, así como en *Final Fantasy* el personaje de Cid es un guía científico, él era mi guía doctoral. La palabra en inglés para el rol de guía es *advisor*. Son palabras similares, pero no equivalentes: un guía acompaña durante el camino, mientras que un *advisor* aparece cual gato de Cheshire, da un consejo y luego se desvanece dejando una sonrisa ambigua que tarda en desaparecer.

**Rafael, con quien trabajé:** Rafael era mi *co-advisor*. Era una persona sociable, en un momento organizó un *potluck* (en Chile se diría un malón) en el que nos abrió las puertas de su casa. Fue una linda bienvenida al *lab*, que contrastó con su recepción de mis resultados académicos. Ante cada nuevo resultado, yo solía recibir tres tipos de respuesta. La primera: «no está bien». La segunda: «debes hacerlo distinto», aunque no me decía cómo, a pesar de que se lo preguntaba. Asumí que yo debía descubrirlo. La tercera: «tienes que colaborar más con otras personas, no colaboras con nadie del laboratorio». Mi timidez y el hecho de que mi tema de investigación no estuviese dentro de las líneas principales del lugar no me ayudaban a acercarme a otros investigadores. La colaboración con otros tesis no contaba para esos efectos porque estábamos en periodo formativo. Aprendí-

riamos unos de otros, pero también debíamos aprender de quienes ya habían terminado ese juego.

**Logros de los demás:** Mi principal punto de comparación eran mis compañeros de generación. Giuseppe, mi mejor amigo, y otros compañeros ya habían publicado uno o dos *full papers* en su primer año. A causa de eso habían visitado India, Japón, Estados Unidos y otros países que yo también quería conocer. Pero incluso en mi propio tema, la visualización de información, sentía que los demás lograban más cosas. En el problema de visualizar series temporales, es decir, datos donde para cada fecha hay uno o más números, Giuseppe propuso utilizar espirales de Arquímedes. En sí misma, la idea de usar espirales no es nueva, pero él hizo un diseño que mezclaba una espiral con un gráfico tradicional en una especie de metáfora visual inspirada en los cassettes de los ochenta y noventa. En un tema que no era el suyo se le ocurrió algo novedoso. Por cosas como esa, yo lo admiraba.

**¿Logros propios?**: Tomé la idea de Giuseppe y la desarrollé. El resultado fue un *short paper* que escribí junto a Rafael y que fue aceptado en una conferencia en Lisboa. Era un buen evento para presentar el trabajo; sin embargo, no era de las que le importaban al laboratorio. Me daba igual, porque me emocioné de todos modos. Era mi primera conferencia internacional, aunque en términos académicos fue decepcionante, porque fui la última presentación del evento, ya se había marchado mucha gente y quienes quedaban estaban cansados. En resumen, nadie le prestó atención a mi trabajo. Sí hice amigos y probé las delicias de la ciudad, como un pan con pescado frito que me recordaba al churrasco marino que venden en Tongoy, que me ha gustado desde niño.

**Moverse:** Un tema de conversación común entre los doctorandos de la conferencia era hacer una pasantía, moverse a un lugar diferente durante un periodo de entre tres y seis meses. Varias personas me preguntaron cómo hacer una pasantía en el laboratorio. Era un lugar admirado por todos. Hasta ese momento yo desconocía el atractivo del

lugar donde estudiaba. Eso acentuó todavía más mi inseguridad, pues sentí que no estaba valorando ni sacando provecho de mi situación.

**Permanecer:** Al regresar a Barcelona tuve una sensación nueva: cuando el avión estaba sobre la ciudad y vi la Sagrada Familia desde lo alto me conmoví por estar de vuelta en casa. La Pajarito confirmó esa emoción al sorprenderme en el aeropuerto. En el tren a nuestro departamento pensaba en lo felices que éramos, teníamos todo lo que necesitábamos; por tanto, una pasantía no parecía necesaria. Ahora bien, la voz de Rafael diciendo «tienes que colaborar con otras personas, no colaboras con nadie» resonaba sin parar en mi cabeza, y con el paso de los meses vi a Giuseppe y otros compañeros obtener pasantías en Google, en Twitter, en la Universidad de Cambridge, en Catar y otros lugares. Me pregunté entonces: ¿debía permanecer en Barcelona?

La respuesta no surgió por iniciativa propia, sino por una casualidad. En Twitter un amigo me contactó con una *startup* en San Francisco. La empresa buscaba a alguien que tuviera tres habilidades: programación, visualización y conocimiento de videojuegos. Querían una persona a tiempo completo, pero dado el cruce inusual de sus necesidades, aceptaron que hiciera una pasantía. Parecía una buena oportunidad: el sueldo mensual era el triple de mi beca y nos pagaban los pasajes.

Decidimos que pondría en pausa el doctorado y durante la pasantía evaluaría si decidía continuarlo. Viajamos en el verano, después de que la Pajarito terminara sus clases. Tres meses parecían suficientes para probar un camino distinto y despejar mis dudas sobre el doctorado, para dar un paso al lado y entender mi relación con Rafael, con la investigación, con mis ambiciones académicas, con el *lab*, y seguir descubriendo mundos nuevos con la Pajarito. Aparentaba ser una buena idea.

## San Francisco

Tenía claro por qué había comenzado un doctorado. Lo siguiente era descubrir por qué continuarlo. Necesité presionar *start* para ponerle pausa y dar un paso al costado para plantearme opciones. Aunque no lograba ver algo positivo al respecto, porque surgían en mi mente preguntas hirientes: ¿desertar, como un traidor?, ¿retirarme, como un cobarde?, ¿fracasar? Esta nueva etapa era una oportunidad para dejar atrás esas preguntas y tomar una decisión.

**Lo bello:** Encontramos un departamento en la calle O'Farrell, cerca de Union Square. El edificio estaba en el barrio Tenderloin, que contiene el distrito cívico y está bien conectado con el resto de la ciudad. Nos subimos a los *street cars*, visitamos exposiciones de arte, fuimos a restaurantes mexicanos y japoneses. íbamos a comer pastelitos y tomar café al barrio italiano. Recorrimos el Jardín Japonés del Golden Gate Park. Nos compramos ropa nueva, porque descubrimos que en San Francisco el verano es tan frío como el otoño de Barcelona y, además, está cubierto de niebla. Cerca de Union Square encontramos un lugar llamado South Town Arcade que hacía torneos de *Street Fighter*, en los que me inscribía sin falta cada fin de semana. Además, Silicon Valley había atraído a varios excompañeros de Ingeniería en la Universidad de Chile. Me reencontré con uno de ellos, Rodolfo, que vivía en San Francisco con su esposa, Pía, y su perro, Kapo.

**Lo triste:** El Tenderloin está lleno de hoteles que fueron grandiosos en épocas pasadas y que hoy son pagados por el municipio para alojar a la multitud de personas sin hogar que deambulan durante el día. Les llaman *homeless*, son gente sin nada, ni siquiera cordura. No pasaron muchos días sin que viéramos *homeless* inyectándose heroína, haciendo sus necesidades en la vereda sin conciencia de sí mismos. Con el tiempo uno termina acostumbrándose a su presencia. En San Francisco bastaba cruzar una calle para dejar a los *homeless* atrás y encontrarse con edificios industriales reconfigurados como *lofts*, cuyos habitantes

conducían convertibles. Esa situación precaria tan visible me hizo pre-guntarme si en Chile esa realidad estaba oculta, segregada.

**Desertar de la universidad:** Rodolfo dejó la universidad en el tercer año por problemas económicos, a pesar de haber mostrado capacida-des e incluso de hacer clases como ayudante. Comenzó a programar vi-deojuegos en 2D, como los clásicos; también programó utilidades para hacer juegos y las publicó en la red de manera libre para que cualquie-ra las usara. Su código no pasó desapercibido: una gran empresa de juegos para redes sociales lo contactó. Comprobaron que, además de ser hábil con el código, también sabía relacionarse con otras personas, y lo contrataron. Rodolfo, que en el papel no era ingeniero, era más sabio y eficiente que muchos que sí terminamos la malla curricular. Al escucharlo contar su historia, pensé que si años atrás hubiese com-pa-rado las líneas de nuestras vidas, nunca habría pensado que volverían a cruzarse. Y me habría equivocado porque consideraba nuestras tra-ectorias como líneas rectas que se alejan en vez de como curvas que se amoldan al tiempo y al espacio.

**Persistir en la universidad:** A decir verdad, el camino de Ingeniería al doctorado era el único que concebí por muchos años. Terminé la carrera, no sin crisis intermedias y, más bien, gracias a la presión de mi padre, que me hizo comprender el esfuerzo familiar para financiar mis estudios. Al titularme, sabía que no podía pasar directamente al doctorado, en tanto necesitaba dinero y experiencia. Trabajé algunos años, de manera paralela como ayudante de investigación y como inge-niero. Estos últimos trabajos fueron insatisfactorios: o pagaban poco, o no tenían un buen ambiente ni se trabajaba en algo importante. Du-re poco tiempo en cada uno. Ciertamente no sabía buscar trabajo, no tenía redes ni negociaba bien mi sueldo. En la universidad no me en-señaron cómo hacerlo y había asumido que por ser «de la Chile» el camino estaba asegurado. Comprender que no era así no fue tan gra-ve, porque sabía que llegaría al doctorado en algún momento, aunque no imaginaba cómo. Me rechazaron varias veces en Becas Chile, pero

estaba convencido de postular hasta lograrlo. Hasta que un día, por casualidad, me encontré con Cid en la universidad. Nos tomamos un café, le hablé de mi sinuosa vida laboral, de mi fracaso buscando becas. Me respondió que tenía una beca en un tema que podría interesarme, a sabiendas de que era distinto de lo que yo buscaba. De hecho, yo quería irme a Estados Unidos. Acepté porque parecía ser una buena aventura, una oportunidad que no se volvería a repetir.

**Dime de qué te jactas...:** La startup donde hice la pasantía era un lugar interesante, con un ritmo de trabajo distinto al que había conocido en Chile y Europa. No era más intenso en tiempo; por el contrario, el horario era sagrado y a las cinco de la tarde ya no quedaba nadie en la oficina. La diferencia estaba en la ambición de la empresa, que buscaba ser vendida en mil millones de dólares. No había chamullo, no había excusas, no había pituto, porque de otro modo no se lograría ese objetivo. No escatimaban en gastos a la hora de contratar gente, se necesitaban las mejores personas para cada una de las tareas: operacionales, técnicas, de gestión, de decoración del lugar de trabajo y más. Aprendí que esa actitud y esa meta eran comunes en Silicon Valley. En esencia, una empresa definía una «receta secreta» (*secret sauce*) para resolver un problema y luego demostraba por qué esa receta la hacía la mejor del mercado. Como todas buscan lo mismo, además de un sueldo altísimo ofrecen *perks*, que no son solamente beneficios laborales, como podría ser un seguro de salud, sino también comodidades como comida gratis, usualmente internacional; lugares para jugar, tanto videojuegos como pimpón o mesas de hielo. Las más grandes ofrecen lavanderías y gimnasio dentro de sus instalaciones, incluso llevan artistas a hacer conciertos y shows cada semana. Veía esto como un exceso y hasta una contradicción con los restrictivos horarios. Pero así es Estados Unidos, un país de contrastes que, sorprendentemente, funciona. En mi caso, si la empresa se vanagloria de trabajar con las mejores personas para cumplir su meta, no podía evitar sentirme validado. Hasta ese momento estaba convencido de que desertar,

cambiar de objetivos y asumir el fracaso era algo malo. Pero las startups cambian de rumbo todo el tiempo. Su meta es ser vendidas y si para eso necesitan desechar su *secret sauce* y buscar otra, lo hacen. Lo que importa es lo que mantienen ante cada cambio de rumbo: sus equipos, su gente. Esa es la verdadera receta. De hecho, el problema para el que me habían contratado ya no existía dentro de la compañía. Habían cambiado de dirección varias veces, tantas que ni siquiera recordaban por qué yo llegué a trabajar allí. Sí sabían que podía aportar y eso era lo único que les importaba.

**...y te diré qué careces:** Un *perk* era que nos llevaban comida de distintos restaurantes cada día. Así probé varios platos por primera vez, como la sopa vietnamita *pho*, hecha con caldo de carne, limón, cilantro y fideos de arroz. Hasta que llegó el turno de México: tacos y otras preparaciones de tortillas. Recuerdo que estábamos en la mesa y nadie empezaba a comer. Noté que me miraban con curiosidad. Cuando pregunté qué sucedía, me respondieron: «Tú vienes de España, debes saber como se comen los tacos, ¿cómo los tomamos con las manos?». Primero pensé que era una broma, pero no, realmente no entendían que México y España eran dos países distintos a lados opuestos del océano Atlántico y con tradiciones culinarias diferentes. Me costó creer que gente técnicamente capaz fuese tan ignorante.

**Team building:** Un día hicimos una pausa en las labores técnicas para trabajar en nuestra relación de grupo, con énfasis en la interacción entre personas y la formación de equipos. El gerente general (o CEO) de la compañía nos separó en grupos formados al azar y nos dio la siguiente misión: construir una torre de transmisión utilizando palitos de maqueta, hilo y cola fría, con un límite de seis minutos. En mi grupo imaginamos un diseño similar a la Torre Eiffel. Cada grupo hizo algo similar, inspirándose en torres famosas. Fue entretenido, porque había personas con las que nunca había interactuado más allá de *hello* y *see you tomorrow*, y entre todas exploramos nuestra creatividad. Al cumplirse el plazo, todos los grupos dispusimos nuestras torres en una

mesa, en secuencia. El CEO agradeció la participación y entusiasmo, y comenzó a poner a prueba las torres poniéndoles peso o dándoles un pequeño golpe. Una a una comenzaron a caer, incluyendo la nuestra. Quedaron todas en ruinas excepto la última.

**Personal growth:** Diseñamos nuestra torre y la construimos, en una secuencia que se repitió en todos los grupos menos en uno. El CEO relató que la única que quedó en pie se construyó en tres etapas de dos minutos cada una y en cada etapa se verificó que fuera resistente. Después dijo: «El tiempo nunca alcanzará para una única etapa de construcción perfecta. Por eso es importante iterar. Y la velocidad de la iteración es más importante que la calidad de la iteración». Automáticamente relacioné esta idea con lo que había hecho en el *lab*, y no logré identificar ninguna idea o proyecto que fuese homologable a la torre que se mantuvo en pie cuando cayó el rayo del cielo, arrojado por las manos del CEO. Las torres destruidas, en cambio, sí se asemejaban a mis ideas y proyectos. Imaginaba una obra, un programa o un texto y solo consideraba que tenía *una* oportunidad para hacerlo realidad, *un* intento, que podía ser interminable, podía ser sufrido, podía ser pausado incluso, pero seguía siendo siempre único, atómico. En mi concepción del funcionar de las cosas, no hacerlo así era impuro, indebido. Peligroso. El concepto de iteración no estaba dentro de mí, porque iterar implica aceptar que lo hecho puede fallar. Pensar eso me llevó de vuelta al Museu Picasso en Barcelona, donde se encuentra su estudio de *Las Meninas*, un proceso iterativo que creí entender cuando lo vi, porque pensé que lo importante era el resultado final. Deseé, entonces, una nueva oportunidad para investigar, para iniciar una nueva iteración. Fue necesario que el tiempo pasara para que yo comprendiera realmente a *Las Meninas* de Picasso. Estaba decidido: volvería al doctorado.

**Lo dicho:** La última semana del trabajo, dos antes de partir de San Francisco, le presenté el resultado de mi trabajo al CEO. Había aplicando técnicas de visualización a la exploración de datos en el servicio

prestado por la *startup*. Me dijo que era genial, entre otros halagos, y lo último que enunció al despedirse fue «<PLAYER II>, esto es awesome, lo usaremos».

**Lo hecho:** Después descubrí que *awesome* no significa genial literalmente, sino solo que está bien. Además la empresa nunca utilizó mi proyecto, no porque solo estuviese bien, sino porque antes de que sirviera de algo, la empresa ya había cambiado de dirección.

**Lunes a viernes:** Mientras duró mi rutina laboral, la Pajarito me fue a buscar a la oficina en China Basin todos los días. A veces volvíamos a casa caminando, cada día en una ruta distinta; otras, paseábamos o íbamos a comer. Un día visitamos el Museo de Arte Moderno, donde encontramos una exposición de surrealismo que tenía obras de Roberto Matta. Con sus imágenes me di cuenta que extrañaba Chile más de lo que creía. Quise estar frente a *Ojo con desarrolladores* en el Museo Nacional de Bellas Artes y luego ir a tomar algo por Merced como lo hicimos al conocernos en el Metro Universidad Católica.

**Sábado y domingo:** Los fines de semana iba a los torneos en South Town Arcade, entusiasmado por volver a sentir la nostalgia de los videojuegos de barrio y la competencia contra otras personas. En España conocí gente que jugaba, pero no había un lugar como ese, que me recordaba los mejores años de los Entretenimientos Diana del Paseo Ahumada.

**Lo que asumí:** La Pajarito lee y ríe, cuando yo estoy y cuando no. Una de sus citas favoritas, de *El libro de la almohada*, de Sei Shonagon, es «la vida tiene dos placeres: los placeres de la carne y los placeres de la lectura». Como ambos (nos) disfrutábamos, asumí que ella era completamente feliz, que siempre lo ha sido.

**Lo que ignoré:** No me di cuenta de que ella habría sido más feliz conmigo recorriendo la ciudad, dando vueltas por los mismos lugares en los que pululábamos durante la semana, esta vez con más luz y con menos prisa, en vez de dejarla en casa leyendo, con la posibilidad de moverse en una ciudad con la que no compartía el idioma, porque ella

no hablaba inglés ni tenía lugares predilectos como yo. Esto fue evidente el último mes, cuando el local cerró inesperadamente y la Pajarito manifestó su felicidad al respecto. Inicialmente lo sentí como un ataque contra mí, pero cuando me dijo por qué y vi el brillo húmedo de sus ojos, supe que yo hasta ese momento prioricé las máquinas, sean de trabajo o de juego, antes que nuestro vínculo. La Pajarito me veía tan entusiasmado que no me decía nada y yo, en mi ceguera, comenzaba a perderla. Ella me amaba, pero ese amor tenía que nutrirse para mantenerse vivo.

**Un encuentro que abre puertas:** Poco antes de volver, ya decidido a retomar la investigación, almorcamos un día con Vanessa, una investigadora que había estado en el *lab* por varios años y que después se había mudado a los Estados Unidos. Le conté sobre mi aventura buscando preguntas y respuestas, y que solo me quedaba responder una por el momento: ¿con quién colaborar? No sabía cómo hacerlo porque no veía temas en común con otras personas. Me recomendó hablar con una investigadora que había llegado hace poco. Su nombre era Rosalie, provenía de Algeria y, dentro de los temas que se trabajaban en el *lab*, el suyo era probablemente el más lejano para mí. Vanessa me explicó que buscar los puntos de intersección con otras disciplinas también es investigar.

**Una despedida y un final terrible:** Nuestra última noche en Estados Unidos nos quedamos en el departamento de Rodolfo y Pía. Jugamos con Kapo, hablamos de planes, de los eternos deseos de volver a Chile que siempre se postergan, de lo que significa ser hijos de profesores, algo que compartía con Pía, de lo ambivalente que es el sentimiento por el paso en la Facultad de Ingeniería de la Chile, algo que compartía con Rodolfo. Fue una velada tierna y melancólica. Sin embargo, después de comer, recibí una noticia inesperada desde Chile: Catalina, una excompañera que Rodolfo también conoció, falleció en una clínica luego de días en coma, porque su esposo la había golpeado hasta dejarla inconsciente.

No éramos cercanos, pero de vez en cuando veía en Twitter lo que ella publicaba y sabía que teníamos algunos gustos en común, como la música de Depeche Mode, y que se veía feliz. Su esposo era ingeniero también. Esa noche pensé en cómo la cultura machista se percola en nuestros cuerpos y llega a estar dentro de cada uno de nosotros incluso cuando creemos que no es así, como si fuera un virus de maldad que contagia a la sociedad en algún momento.

Recordé el crimen de odio contra Daniel Zamudio, en el que se podía apuntar a los culpables de manera directa, porque provenían de entornos marginales, donde, sí, había odio, pero también carencias que distraen a la hora de interpretar lo sucedido: como no tenía educación y bailaba en la calle por dinero, entonces esa era la explicación. La falta de educación. Del esposo de Catalina, en cambio, se decía que era un buen vecino que perdió el control. No había explicación aparente para lo que había sucedido porque el tipo parecía una buena persona, era ingeniero. Y me pregunté si, quizás, debía cuidar a la Pajarito de mí mismo en el camino que teníamos por delante.

## Barcelona

De vuelta en Barcelona, el siguiente paso en mi doctorado fue contactar a Rosalie. Descubrí que, en efecto, no teníamos nada en común. No había herramientas, conceptos, ideas que nos unieran, excepto estar físicamente en el mismo laboratorio. Me dijo que eso la emocionaba porque aprendería de mí. Fue la primera vez que alguien me decía algo así. No es un «lo usaremos» falso. En la academia alguien creyó en mí solo por ser quien soy.

**¿Dónde estaba Giuseppe?**: Justo antes de nuestro regreso, Giuseppe partió a su pasantía en Silicon Valley, en Google. Encontró un grupo de investigación que trabajaba con música. Yo no lo había visto así de entusiasmado con un tema, y en *Timebook* ya me había sorprendido por su motivación.

**¿Dónde estaba Rafael?**: Rafael fue invitado a una universidad china por seis meses como profesor adjunto. Le escribí, contándole que estaba feliz porque me sentía más fuerte. Le dije que seguí su consejo y encontré a alguien con quien colaborar. Pero su respuesta fue un mensaje de una sola línea: «Puedes colaborar con quien quieras menos con ella». No entendí a qué se debía esa reacción, me pregunté si acaso tenían una rivalidad personal. Rosalie no había mencionado nada al respecto y ella sabía que Rafael era mi *co-advisor*. Ella no tenía la obligación de contarme si había problemas entre ellos, pero en caso de ser relevante, hubiera podido negarse a trabajar conmigo, y no lo hizo.

**Quienes trabajaban con Rosalie**: Pensé en una compañera alemana del doctorado que trabajaba con Rosalie. Era eficiente y centrada, algo que yo asumía era una característica asociada a su origen. Esta vez, con una visión más profunda, noté las interacciones de segundo orden: descubrí cómo eran sus reuniones con Rosalie, cómo le daba espacio para crecer y para expandir su desarrollo. Esas posibilidades habían sido desconocidas para mí hasta entonces.

**Quienes trabajaban con Rafael**: Comencé a ver que quienes trabajábamos con Rafael no estábamos bien. Antes me enfocaba solo en lo que deslumbraba; por tanto, solo veía mis sombras, y no mi propia luz. Teniendo eso en cuenta, un día que Cid estaba en el laboratorio fui a hablar con él y le conté esta historia. Se giró, miró el Mediterráneo y, luego de un minuto de reflexión, me preguntó si quería trabajar con Rosalie como *advisor*. Respondí que sí, no tuve que pensarlo mucho. «Una última cosa», me dijo antes de que saliera de la oficina: «¿Quieres que hable con Rafael?». Le respondí que eso era algo que debía hacer yo.

Antes de marcharme aproveché de hacer una última pregunta. Yo veía las características de mis compañeros y compañeras, y como sabía en qué destacaba cada persona, era inevitable que me comparara con ellos. Entonces, le pregunté por qué me había ofrecido la beca. Fue

una pregunta difícil de formular para mí, porque tenía notas regulares en Ingeniería cuando lo conocí y no destacaba en nada específico. Respondió: «Eres alguien que quiere aprender constantemente y eso es lo que necesitamos en este laboratorio».

Descubrí que Cid estaba más cerca de lo que creía. Solo tenía que tocar la puerta y entrar. En cambio a Rafael nunca lo alcancé; es más, a él no le importó que yo cambiara de *advisor*. ¿Por qué habría de importarle? Lo habían ascendido y ahora tenía a cargo equipos en otras ciudades donde estaba la empresa. Él conseguía lo que quería, algo que no está mal en sí mismo, pero sin medir el daño colateral ni preocuparse por las personas que estaban a su alrededor.

Esa noche, mientras se prendían las luces de Santa María del Mar, abracé a la Pajarito en nuestra terraza y le conté lo que había sucedido. Ella me acogió como siempre lo ha hecho. Comprendí que el desafío de soportar todo este proceso conmigo era difícil. Valía la pena porque estábamos juntos. Contemplamos las torres de la iglesia encendidas de verde, y yo pensé que no solo quería seguir aprendiendo en la academia, también quería amar y cuidar lo nuestro durante toda mi vida.





## AÑO 2-2: MINERVA CONTRA LA BESTIA

Si hay algo que tenía en común con mi padre es que trabajo demasiado. Yo solía criticarlo por trabajólico. Sin que yo me diera cuenta, la tesis fue el catalizador perfecto para desarrollar esa semilla que estaba dentro de mí. Siempre había una *deadline* que cumplir, una nueva idea que perseguir, un experimento que terminar. Ser trabajólico también implicaba un sentimiento de culpa, que surge de no aprovechar todas esas oportunidades académicas, ya que incluso antes de lograr terminar un desafío, había tres más frente a mí. Para peor, a pesar de haber aprendido a trabajar, todavía necesitaba aprender a concretar, porque mi trabajo era rechazado constantemente. Y un rechazo académico que se repite una y otra vez se siente como un conjunto de puñaladas a la autoestima, cada una acumulando dolor y abriendo más la herida, hasta el punto en que es inevitable pensar que todo lo hecho debe tirarse a la basura y que uno no debería estar ahí, porque ¿para qué trabajar tanto si nada sirve?

Fue tal mi obsesión con el trabajo que en algún momento sentí amenazada mi relación con la Pajarito. Afortunadamente, ella me lo dijo claramente una tarde en San Francisco: «Tienes que elegir tus prioridades». La claridad de su voz y la paz con la que las enunció me bastó para descubrir la solución. Porque yo siempre la había elegido a ella, pero no actuaba en consonancia con esa elección. Acordamos que, al volver a Barcelona, tomariámos clases de tango. Fuimos a la escuela de lunes a viernes, a las 18:30, en El Clot, cerca del *lab*. Ir a bailar todos los días tuvo varios efectos, desde pasar más tiempo juntos en

la semana hasta limitar mis horarios de trabajo, e, inesperadamente, dedicarnos a nuestros propios pasatiempos los fines de semana.

Justamente en uno de esos pasatiempos encontré la respuesta a mis dudas vocacionales.



Un domingo de verano, después de almorzar, nos sentamos en la cama de nuestro ático. «Pajarito, me pondré audífonos», dije mientras cruzaba mis piernas en la cama y colocaba mi *notebook* sobre ellas. «Voy a ver un torneo de *Street Fighter*», avisé. Ella respondió: «Yo leeré el libro de Mishima que compramos», y se recostó. Sus pies tocaban mis piernas, su espalda blanca estaba arqueada. Tenía el pelo tomado, lo que revelaba unos aros mexicanos cuyo colorido contrastaba con la palidez de su piel. Estábamos cómodos, inmersos en nuestros mundos interiores, ella en un rectángulo de papel, yo en un rectángulo digital que mostraba, en primer plano, un hombre vestido de traje y corbata.

—¡Bienvenidos a las rondas finales de *Street Fighter* en Dream Sports, el evento de videojuegos más importante de Europa! —anunció el comentarista—. En el siguiente encuentro veremos al japonés Daigo Umehara, también conocido como la Bestia, contra la española Minerva, la primera mujer en llegar a estas instancias en un torneo oficial.

Estaba emocionado por ver la pelea. En nuestra primera Navidad aquí nos sobró algo de la beca y el Carrefour había puesto las consolas Xbox en oferta. Así que compré una y comencé a buscar competidores *online*, hasta que encontré a uno de los mejores de España, de alias Casteller. Sabía de él por los foros de discusión donde participaba. Pero cuando luché contra él, me di cuenta de que algo no cuadraba, porque le gané fácilmente y yo sabía que no estaba a su nivel. Tiempo después, mirando los mismos foros, supe que había enfrentado a su pareja de aquel entonces, que todavía no elegía su alias. Su nombre

es Nuria y el alias que eligió después es Minerva. Así la conocí primero, tal como ella me conoció inicialmente como <PLAYER II>.

—¡Ha sido fenomenal la participación de Minerva! Si miramos la tabla de combates, ha dejado un mar de sangre en su camino. ¡Es impresionante! Sin embargo, cual Minotauro, ahora apareció «La Bestia», ¡directo desde Japón! Quien gane tres *rounds* será declarado ganador. El límite de tiempo por cada ronda es de 99 segundos. Nos esperan unos minutos intensos, así que... ¡prepárense!

Mientras el comentador explicaba las diferencias entre los personajes que eligieron Daigo y Nuria, yo seguí recordando esos primeros encuentros con ella. Una tarde le había dicho a la Pajarito: «Jugué contra una mujer catalana, pololea con uno de los mejores de España, pero no entiendo por qué juega tan mal. Le interesa *Street Fighter* y eso es genial, pero ¿por qué crees que, pudiendo entrenar con uno de los mejores, no está siquiera a la mitad de su nivel?».

La Pajarito me miró como si intuyera que yo en toda una vida de *Street Fighter* nunca había conocido a una mujer que jugase bien. En Chile llegué a creer que simplemente no podían ser mejores, que así como en teoría los hombres tenemos mejor orientación global y ellas mejor orientación local, los hombres simplemente eran mejores para este juego. Luego de mirarme, me respondió: «Quizás no le interesaba y ahora sí. Sabes que no me gustan los juegos, ni sé jugar». Al decirme eso, hizo una pausa y miró hacia arriba, como si estuviera proyectándose hacia un futuro imaginado, y continuó: «Si quisiera ganarte, aprendería y lo lograría».

Mi primera reacción fue pensar que estaba equivocada. Aunque no fue difícil darme cuenta de que el error era mío, ya que tenía claro que en ingeniería se tiene el mismo prejuicio respecto a las mujeres, un prejuicio que yo había logrado desarrigar de mí. Me bastaba contemplar a mis compañeras en el *lab* para saber que no solo podían ser igual de buenas que un hombre, sino que podían ser mucho mejores. El solo hecho de estar en el mismo lugar que uno ya lo demostraba, porque

el camino que ellas debían recorrer era más difícil: debían enfrentarse a los prejuicios de las demás personas (me incluyo) y, en ocasiones, a los de ellas mismas.

Cuando la transmisión mostró a Nuria junto a Daigo sentados frente a un monitor, recordé la primera vez que jugué contra ella de manera presencial. Fue en Granollers, a una hora en auto desde Barcelona. El municipio había facilitado el Teatro Municipal, motivado por el interés en atraer turismo. Los torneos tenían un buen nivel de producción; mientras más chico el pueblo, más presupuesto e infraestructura para los eventos que den a conocer el lugar. Fue un torneo grande, en el que participaron más de cincuenta personas que viajaron desde todo el país. Aunque me había preparado para la competencia, ella mantuvo el control absoluto de la pelea, yo solamente huía, prolongando mi agonía. En ese entonces ella llevaba un año jugando; yo, tres décadas.

Al volver a la Ciudad Condal con otros catalanes me di cuenta de que todos inventamos excusas para justificar nuestras derrotas, porque nadie quería sentirse un perdedor. Ella había pasado por encima de todos nosotros como un camión sin frenos.

Mi pantalla mostraba la imagen del juego, cuyo reloj marcaba 99.

*—Are you ready? Fight!*

El tiempo había comenzado su marcha.

—Ninguno decide precipitarse hacia el otro. Avanzan despacio, retroceden, se mantienen en su lugar, tanteando posibilidades. Utilizan movimientos rápidos y seguros que causan poco daño, cuya intención es descolocar al oponente y truncar sus intenciones cuando se encuentre cerca. Quieren desgastar al otro poco a poco en vez de atacar directamente.

El reloj estaba rodeado por dos barras que representaban la vida remanente de cada personaje. Se acortaban con cada golpe que recibían.

—Minerva sabe que no debe alejarse de Daigo, que no debe darle libertad de movimiento. Necesita tumbarlo en el piso, pero tiene

que encontrar la oportunidad para hacerlo. Este *round* es de paciencia. Quien cometa un error, por ínfimo que sea, abrirá una puerta sin retorno y será el perdedor. En este tira y afloja, Minerva tiene las mejores chances. Su personaje, Cammy, puede capitalizar golpes lejanos en una entrada potente. En efecto, el Ryu de Daigo ha recibido más daño progresivo. A este paso, si Daigo no cambia su estrategia, perderá.

Nuria estaba cómoda y Daigo posiblemente esperaba un cambio. No era necesario arriesgarse todavía. El primer *round* no determina tendencias, es más bien un experimento para tantear terreno.

—Nuria se lleva esta ronda sin mucha emoción. Ya veremos cómo responde Daigo ante esta primera derrota.

La pantalla actualizó el marcador:

DAIGO 0 · MINERVA 1

—Ha comenzado el segundo *round*. ¡Vaya! Daigo ha adoptado una estrategia agresiva desde el comienzo. ¿Habrá querido tomarla por sorpresa? Pero Minerva ha reaccionado bien. Ejecuta los movimientos precisos en el instante en que necesita hacerlo. Sin duda está concentrada: una centésima de segundo más y sería su personaje el que esté en el suelo ahora.

Ryu yacía inconsciente luego de una patada en toda la cara, recibida de las botas militares de Cammy.

—Tarde o temprano Ryu se pondrá de pie. ¿Lo hará con su característico *Umeshoryu*, la jugada especial más impredecible del mundo?

»Daigo suele usar la obviedad a su favor, convirtiendo el engaño del otro en un arma propia. Ryu se está incorporando. Veremos.

»¡Daigo hace el *Umeshoryu*!

»¡Dios mío! Minerva ha bloqueado el *Umeshoryu* y castiga severamente a Daigo. Quedó bien posicionada para seguir atacando y tiene la oportunidad de forzar a Daigo a adivinar qué debe hacer. ¡Las cosas no se ven bien para el japonés!

Ver a Daigo contra las cuerdas me llevó de vuelta a un torneo pequeño, organizado en un restaurante de comida china cerca del Arc de Triomf, donde me senté a conversar con Nuria. Ella me generaba confianza, quizás porque le gustaba la literatura; ya habíamos conversado muchas veces por *chat*. Le conté del tango con la Pajarito: comparé la conexión que se siente con la otra persona, esa comunicación sin palabras, solo con movimiento, con la conexión (y rivalidad) dentro del juego. También describí lo que sentía cuando la veía bailar con otras personas en las primeras clases. Me inquietaba, no por celos, sino porque yo sentía que debía hacer pasos mejores, más entretenidos y originales que los demás. Si no, ¿por qué iba a querer bailar conmigo? Nuria me hizo ver que la magia del juego no estaba en las jugadas complejas y originales, sino en percibir correctamente la intención de la otra persona y elegir el movimiento adecuado. Concluimos que la diferencia radicaba en que se busca el placer mutuo en el tango; en *Street Fighter*, lo que importa es la victoria personal.

Era cierto. Un baile solo de caminata junto a la Pajarito era suficiente para volar.

—El primer error no forzado de este *match*. ¿Será capaz Daigo de salir del vórtice de Cammy?

»Daigo ha caído otra vez en la trampa. ¿Será el fin de este combate?

»Aquí viene. Minerva ha saltado por los aires y ha ejecutado la patada aérea desde la altura justa para que no se vea por dónde va a golpear. ¿Será por la izquierda o por la derecha? ¿Lo sabrá Daigo a tiempo?

»Incluso si Daigo bloquea correctamente, todavía estará en posición defensiva. Sigue en una situación de desventaja.

»Lo ha bloqueado! Aunque Minerva sigue presionando. Quizás logre engañar a Daigo para quitarle esos pocos píxeles de vida que le quedan.

»¿Cómo hace Daigo para seguir bloqueando? Sabe que si no sale de ese lugar estará muerto. El *round* no termina hasta que se escucha K.O. Y en este momento Cammy solo debe...

»¡El *Umeshoryu* ha permitido a Daigo zafarse de la presión y seguir en carrera! Basta un pequeño golpe para que Cammy reclame el *round*; sin embargo, ¡Daigo no se rinde!

»Verán, Daigo ha regresado del retiro. Estuvo fuera por cinco años, cuando se fue a cuidar ancianos a un hogar en los suburbios de Tokio. ¿Qué habrá aprendido de la vida en ese lugar?

»Minerva no logra mermar el equilibrio de la Bestia. ¡Su voluntad parece infinita!

»Existe otro *loop* del cual es difícil salir: el juego psicológico de Daigo.

»El tiempo está cada vez más cerca de cero. ¡Quedan quince segundos! Minerva podría ganar por tiempo. Aunque esos quince segundos son una eternidad en *Street Fighter*.

»Se ve decidida a obtener la victoria a golpes, a pesar de la dificultad. Para cada uno de sus intentos, Daigo encuentra la respuesta perfecta.

»Y cada intento de Minerva le resta vida de a poco. ¡Sin darse cuenta, está empatada con Daigo!

»Ambos tantean movimientos rápidos y de poco alcance, con el fin de limitar el avance del otro. En esta situación quien logre asestar un golpe, por muy sencillo que sea, ganará. ¡Qué tensión, señoras y señores!

Cuando el reloj marcaba siete segundos, Daigo tomó una decisión inesperada. Dejó la seguridad del suelo y saltó hacia Nuria, que, al no comprometerse con ataques o estrategias específicas, no podía ver más allá de sus propios puños. Quizás lo que diferencia a un veterano como Daigo de quienes recién comienzan el camino de la lucha no es la capacidad técnica, sino la aceptación del riesgo.

—¡Ha saltado! ¡Ryu ha saltado! ¿Por qué lo ha hecho?

»¡Es Daigo, haciendo lo que sabe hacer! Entregándonos jugadas inesperadas que nadie puede predecir.

»Cammy no alcanza a reaccionar y ha hecho otra finta, esta vez en vano. ¡No alcanzará a responder con su *Cannon Spike*!

Ryu cayó con el puño cerrado en el rostro de Cammy.

—¡K.O.! ¡Ha sido una remontada espectacular! ¡«La Bestia» ha despertado!

La pantalla actualizó el marcador. En la transmisión se escuchaba al público animando a ambos contendores.

DAIGO 1 · MINERVA 1

—¿Qué sucederá en este *round*? Quien gane quedará en *match point*.

»Nunca en la historia Daigo ha perdido contra una mujer en un torneo. Y si lo hace, será aquí, en Dream Sports, ¡el torneo más importante de Europa!

»Aunque Minerva no lo logre, de todos modos habremos sido testigos de uno de los mejores encuentros del torneo.

»¿Escuchan al público? Minerva tiene sobre sus hombros el peso de la historia y el entusiasmo de los jóvenes. Cada segundo que pasa, está más cerca de obtener el triunfo más importante de su carrera.

»Este será un *round* de tolerancia a la presión. Quien logre aguantar más hasta sorprender al otro será quien se lleve la victoria.

»¡Qué cambio de ritmo! Minerva ha comenzado un ataque sin parar. ¿Buscará sorprender a Daigo? Por lo que hemos visto, ella sabe cómo iniciar una ofensiva segura.

Pensé en uno de los consejos que me dio Casteller en una junta de *Street Fighter*: «El ataque desmedido no es la mejor estrategia. Suele proveerle oportunidades a tu oponente, que busca las grietas en tus patrones de ataque para contraatacar y recuperar el ritmo». Lo dijo con la misma seriedad con la que mis *advisors* me explicaban conceptos matemáticos. «Aunque... si no quieres que tu rival pueda pensar

en una estrategia siquiera, entonces es lo mejor que puedes hacer», dijo con ese tono golpeado tan catalán, que me costaba entender porque iba acompañado de una sonrisa amigable. ¿Se lo habrá dicho a Nuria alguna vez? No lo sé, pero apliqué su consejo en mi investigación. Aprendí que no podía confiar en una única estrategia, porque un experimento podía fallar y una idea podía fracasar. Fracasar estaba permitido, pero el programa tiene una *deadline*. En algún momento se acaba el tiempo y se actualiza el marcador.

—Daigo logra defenderse. ¡Desde el campo de juego emana una tensión que seguro llega hasta nuestros espectadores internacionales! La Bestia sigue bloqueando, sin recibir daño, aunque tampoco está buscando una salida. Es dueña del tiempo.

»El ataque continuo de Cammy es ajustado, pero no es a prueba de agua. Existen unos instantes infinitesimales en los cuales Daigo podría... oh, ¡lo ha hecho!

»¡El regreso del *Umeshoryu*!

El tiempo del juego se detuvo. El público vitoreó con sorpresa.

—¡Ha encadenado el *Shoryuken* para ejecutar su *Super Art*! ¡Sacrificando todo su poder, Daigo ha salido del embrollo sin problemas!

Mientras el tiempo estaba detenido, el personaje de Daigo realizaba la animación correspondiente a su movimiento especial, el famoso *Hadoken*, cuyo sonido me ha acompañado toda la vida. Una vez terminada la animación, el avance del tiempo se restauró.

—¡Espera! ¡Cammy también ejecuta su *Super Art*!

Esta vez el audio se saturó por completo debido a los gritos del público.

—¡Esto es impresionante! En un despliegue técnico sin parangón, Minerva ejecutó el movimiento especial antes que Daigo. Al mantener presionados los botones de su control, retrasó la ejecución hasta haberlos soltado. ¡Lo hizo justo en el instante en que el juego retomó el tiempo después del *Shinkuu Hadouken*!

»Se requiere una gran precisión para ejecutarlo en estas circunstancias, porque cuando la pantalla se congela el juego no registra los botones presionados por los jugadores.

Cammy dio su golpe final automatizado, el audio del juego anunció K.O., y el marcado actualizó sus puntos.

DAIGO 1 · MINERVA 2

La cámara mostró los rostros de Daigo y Nuria. Daigo impávido, como era usual. Nuria movía las manos de la emoción y sonreía.

—¡Minerva está en *match point*! Tiene a Daigo contra las cuerdas tras una jugada impresionante. ¡Ella es la mejor de España y podría ser la mejor de Europa!

Sabía que la comunidad española no estaba de acuerdo con ese comentario. En los foros no importaba que hablara inglés perfecto como pocos ni que pudiese articular bien sus ideas. Le criticaban todo; dentro del juego se podía hacer más daño, se podía ser más rápido, se podía ser más vistoso, más espectacular; afuera, en el mundo físico, le decían que podría tener una opinión «menos confrontacional», que podría tener una voz «menos chillona». Poco después de ganar su primer torneo en España, un equipo francés la auspició. Le pagaron viajes a otros torneos en Europa, subsidiaron su conexión a internet y la compra de una consola Xbox. Ese logro no fue bien recibido por algunos miembros de la comunidad, que decían que lo obtuvo porque «tenía buenas tetas». Aun así, ella les ganó a todos, y ahora estaba un paso más adelante que Daigo. En poco tiempo había logrado más que todos los otros juntos.

—Comienza el cuarto *round*. ¿Remontará la Bestia o será vencida por Minerva?

El primer movimiento en la pelea fue un gran error de Nuria. Un movimiento inseguro que puede acarrear grandes recompensas, pero que usualmente se reserva para situaciones que no presentan riesgo. Daigo tomó ventaja y castigó con severidad.

—Minerva está cometiendo demasiados errores no forzados. ¿Se habrá rendido?

Luego vino otro traspié.

—¿Será posible que Minerva sucumba ante la presión de la victoria?

Y otro más. Nuria se estaba desinflando. Para ella era la gran oportunidad de su vida y, al parecer, ya estaba agotada. Los nervios estaban controlándola, y no al revés. En cambio, para Daigo era otro torneo más. Su estatus no estaba en juego.

Miré de reojo a la Pajarito, que estaba subrayando el libro *El color prohibido*. Le pregunté qué marcaba. Me alcanzó el texto, que destacaba una línea de diálogo con un color pastel: «Procurar placer a una mujer es exponerte a cien sinsabores sin un solo beneficio». Junto a la línea subrayada había una marca que llevaba a una nota al pie escrita con sus letras anchas y redondas: «Miller dijo que los hombres temen al goce femenino. Las culturas están hechas para controlarlo».

Me gusta leer libros después de que ella los haya leído. Ver lo que subraya, estudiar sus notas, imaginarla leyendo me entremece y también me entrega perspectivas que no puedo alcanzar. Ya no pienso que las mujeres son peores en *Street Fighter*, pero ¿cuán arraigada dentro de mí estaba esa idea? Tuve que luchar contra Nuria, tuve que ser testigo de su éxito y valorarlo para poder expulsar ese prejuicio.

Le devolví el libro a la Pajarito y volví al combate. La cámara mostraba los rostros de Daigo y Nuria. Él, a pesar de haber empatado, seguía indiferente. Ella tenía los labios apretados. Ya no había sonrisa.

## DAIGO 2 · MINERVA 2

—Comienza el último round. El momento de la verdad ha llegado. Japón versus España. Hombre versus Mujer. La Bestia versus Minerva. ¡Qué gran espectáculo!

Estaba nervioso. Imaginé decisiones que Nuria pudo haber tomado en el juego para haber ganado, pero que no tomó. Y me pregunté si yo podría hacer lo mismo con mis propias decisiones en el doctorado.

Recordé un show de YouTube en el que Nuria analizaba combates. En uno de los primeros episodios comentó uno de los míos. Su apreciación se enfocó en los aspectos negativos de mi juego y no mencionó nada bueno. Se sentía decepcionada de que yo aplicara estrategias predecibles y cometiera numerosos errores no forzados. Ingenuamente, le respondí que era fácil ver lo negativo en el juego de los demás. Era la misma reacción que los doctorandos tienen con las primeras revisiones de sus trabajos o al recibir un *paper* rechazado. En aquel momento no comprendí que el propósito de su análisis no era denostar, sino ayudarme a mejorar.

—La adrenalina está a tope. Vemos lo mismo del primer *round*, un juego cauteloso, aunque sabemos que la sangre de nuestros contendores hervie por obtener la victoria.

»Ahora ambos se conocen y tienen recursos suficientes para hacer un gran daño. La tensión es altísima.

Esta vez el silencio se apoderó del público.

—Daigo toma una actitud agresiva. Salta directo hacia Minerva. ¿Por qué lo hace?

»¿Está nervioso? Ciertamente no ha sido algo calculado. Minerva ha contraatacado sin problemas.

»Me pregunto, estimado público, si este es el comienzo del fin.

»O quizás prepara un *Umeshoryu*?

»No, Daigo está bloqueando. Se ve tímido.

»*Shoryuken!*

»¡Ha sido un amague de Minerva! Si Minerva aprovecha todos sus recursos ahora y su ejecución no falla, esto acabará pronto.

»Ryu está por los aires. Cammy prepara su castigo. ¡Minerva hará historia!

Luego de ser engañado por la finta, Ryu cayó al suelo, frágil, abierto. Cammy mantuvo su mirada fija en él. Imaginé cómo movía Nuria la palanca para acercar su personaje al de Daigo. Vi cómo presionó el segundo botón de la primera fila en su panel de control, luego el

direccional, abajo de la palanca. Cammy se agachó y Nuria volvió a presionar el mismo botón. Manteniendo la postura rígida, producto de la concentración, presionó el segundo botón de la segunda fila, una patada de intensidad media que generó una secuencia de tres golpes seguidos dentro de una ventana de ejecución de cuatro cuadros de animación, a una velocidad de sesenta cuadros por segundo, el límite del ojo humano. El número que describe el tiempo en el que se podía presionar el botón de manera correcta es irracional, tiene infinitos decimales. Una buena aproximación es 0,067 segundos. Después de presionar el botón, Nuria realizó un movimiento de doble cuarto de círculo en dirección a su oponente, y presionó el tercer botón de la segunda fila, una patada fuerte. Con eso ejecutó su *Super Art*.

El tiempo de reacción de Nuria excedió los 0,067 segundos cruciales. Ese mínimo retraso bastó para que Cammy se proyectara al aire, pegándose al vacío y quedando vulnerable. Daigo aprovechó la oportunidad para ejecutar el golpe que finiquitó la pelea.

#### DAIGO 3 · MINERVA 2

—Ha sido una derrota dolorosa para Minerva. Mostró el potencial de su entrenamiento y nos brindó la mejor pelea del torneo hasta el momento. Sin embargo, al final de su camino se encontró con la Bestia. Esperamos verla en la próxima edición de Dream Sports, ¡el evento de videojuegos más importante de Europa!

La pantalla mostraba a Ryu, que dio un golpe al aire en dirección a la pantalla y dijo: «Mientras más aprendo, más me doy cuenta de cuán lejos estoy del final de mi viaje». Pensé que en el tiempo en Barcelona he luchado contra la ignorancia y el prejuicio que estaban dentro de mí, que he sido inconsciente del efecto de mis acciones sobre la Pajarito, y sobre mí mismo también. Sé muchas cosas y aprenderé otras más. Sin embargo, no puedo predecir las cosas simples e importantes de la vida. No conozco el camino que seguirán las hojas que caen de los árboles en otoño. Atestiguar esa caída y maravillarse con ella es vivir.

La cámara volvió a mostrar el escenario físico donde se encontraban Daigo y Minerva. Se dieron la mano. Cada uno partió en direcciones opuestas. La pantalla del juego desplegó el clásico mensaje de «GAME OVER» y yo cerré el computador.

\*\*\*

Recordé que Cid nos advirtió en nuestro primer año sobre las reglas del juego de publicar. Quizás la última que se logra internalizar es que un trabajo bueno puede ser rechazado y uno malo, aceptado, porque los factores que inciden en la selección son, en gran medida, aleatorios. No es que haya olvidado sus palabras, pero al cerrar el computador y dictaminar que el torneo había dejado de ser de mi interés, lo comprendí finalmente. Ya había aprendido a iterar y a *pitchear*, pero me faltaba todavía la parte más importante: lidiar con lo desconocido, encontrar las conexiones entre dos cosas aparentemente lejanas, como Minerva, que aprendió desde cero y estuvo a punto de derrotar a la Bestia. No lo logró, pero tampoco salió del enfrentamiento con las manos vacías.

Ella perdió por un error técnico. La próxima vez no lo cometerá. Sin darse cuenta, ella me ha entregado una nueva lección: lo relevante no son los errores en sí mismos; de hecho, solo se aprende al perder, no al ganar. El ejercicio de analizar mis propuestas experimentales dentro del contexto de mi tema de investigación era lo que conformaba mi doctorado. No estaba allí para aprender a ejecutar de manera ingenieril, sino para reflexionar. No se trataba de trabajar lo más posible dentro del tiempo disponible, sino de equivocarme más. Es la única manera de aprender. Tenía toda la vida por delante para acertar, pero solo el ahora para errar.

La Pajarito apoyó su cabeza sobre el libro abierto mientras yo masajeaba su espalda. Al verme pensativo, sugirió: «Podríamos ir a tomar té con menta al Raval». Salimos, y cuando cruzamos las avenidas principales de la ciudad, que estaban infestadas de turistas, recordé la

ocasión en que le hablé de Nuria por primera vez. Le conté sobre esa conversación y la victoria reciente de Daigo. «No me acuerdo de eso. ¿Cuándo fue?», respondió. Trató de acordarse, pero no lo logró. «En fin, no me interesa ganarte», dijo, y rio. Seguimos caminando tomados de la mano, imaginando ganchos y giros de tango. En uno de ellos, me di cuenta de otra lección más. No tenía que demostrarle nada a nadie más que a mí mismo.



*Vivir juntos las individualidades ha enriquecido nuestra relación.*



## AÑO 3-1: LA PARTE DE LA MUJER

Sueño el sueño milonguero  
y voy gastando mi albedrío.  
Y tu cuerpo que era ajeno  
se hace por un rato... mío.

---

*Otra noche en la viruta*

OTROS AIRES

Es noche de verano en Barcelona. El aire húmedo pesa y se pega en nuestras pieles, mezcla la sal de nuestros cuerpos con la del Mediterráneo. Fuera del Maremagnum, ya no hay turistas, los restaurantes cierran temprano y los que quieren farra se van a los bares del Gótico. Está oscuro, apenas nos llegan las luces públicas que están lejos de esta plaza. De quienes están a nuestro alrededor, solo vemos las siluetas. Al igual que ellos, estamos quietos en espera del momento. La Pajarito exhala pausadamente cerca de mis oídos, con un dejo de temor. Yo también estoy nervioso, pero nuestro abrazo nos reconforta. En la distancia, alguien presiona un botón de *play*. Las siluetas, como si fueran marionetas en una caja musical, comienzan su danza giratoria. Surge en mí un estado de alerta, impulsándome a captar cada detalle del entorno porque el tango ha dado inicio en la milonga.

De a poco, las parejas se suman al círculo milonguero; todas avanzan en la misma dirección, nunca retroceden más de un paso. La canción no parece rápida cuando la escuchamos fuera de la pista, pero dentro de ella el ritmo se siente acelerado, como el de un metabolismo que sabe que su tiempo de vida es de cuatro minutos y once segundos, no más, y quiere aprovecharlo al máximo. No alcanza el tiempo para pensar, para recordar una secuencia de pasos aprendida en clase ni para hacer un *sanguchito*, a lo más un *ochito* o, si se tiene confianza, un giro alrededor de mí. Mi labor es darle espacio a la Pajarito para que se desplace y baile como ella quiera, como yo quiera, como nosotros queramos, en espacios elegidos por mí para ella.

Estoy nervioso porque no puedo ver quién está detrás de mí, y permanecer en la pista de baile puede ser intimidante en tanto parte del juego es evitar las colisiones con otras parejas. Es un problema porque el paso básico de ocho tiempos comienza hacia atrás. Y todo movimiento nace a partir de él, es la *lingua franca*. Hay que saber dónde está uno y su pareja, tener visión panorámica. Y esa perspectiva no se conquista con los ojos, sino con el cuerpo; de otro modo, será inevitable chocar con alguien. Las historias dicen que, en el tango porteño, la colisión podía llevar a una pelea a cuchillazos en la esquina. Lo cuentan con nostalgia.

Un paso atrás y nuestra unión adquiere vida propia. Con mis oídos, escucho la música; con mi piel, escucho el movimiento de la Pajarito, su voz corporizada que penetra mi ser diciéndome que ya ha dado un paso, que demos el siguiente.



Yo no sé cuántas noches de insomnio  
en tus ojos pensando pasé  
pero sé que al dormirme una noche  
con tus ojos pensando soñé...  
Yo no sé que me han hecho tus ojos  
que me embrujan con su resplandor  
solo sé que yo llevo en el alma  
tu imagen marcada con el fuego de amor.

---

*Yo no sé qué me han hecho tus ojos*

FRANCISCO CANARO

Cuando conocí a la Pajarito, supe que, además de la literatura, le encantaba bailar. Yo, por el contrario, no lograba hacerlo. La salsa y el son, para los que ella parecía tener un talento innato, me incomodaban tanto que entraba en cortocircuito. La frustración era enorme incluso con el paso básico, porque yo no lograba entender que fuese *uno, dos, tres, cinco...* la ausencia del *cuatro* me impedía coordinar mi cuerpo, escuchar la canción y prestarle atención a ella. Y aunque la Pajarito nunca me presionó para que yo bailara con ella, me hubiese gustado valorar esa actividad como ella, solo por el placer de hacerla juntos.

La conocí a través de los Entretenimientos Diana, en Santiago, y allí había juegos de baile donde podía seguir el ritmo de las canciones. Necesitaba esa estructura lineal y homogénea que aseguraban las flechas de la pantalla y las baldosas pisables de las máquinas de *Dance Dance Revolution*. No me gustaban esos juegos, pero podía jugarlos y terminar una canción, sobre todo cuando la canción tenía un ritmo constante y la dificultad estaba en el desplazamiento por la máquina, y no en seguir un ritmo cambiante. Cuando decidimos casarnos, le conté esa apreciación, y me dijo que ella no sabía bailar tango, pero que entendía que el ritmo era constante en las canciones y que era un baile

de desplazamiento más que de coordinación. Así, para nuestro primer baile como marido y mujer, fuimos a clases de tango.

Para la fiesta, arrendamos un café cerca del cerro Santa Lucía. El subterráneo tenía la pista de baile, que en pleno invierno era oscura y fría. Yo igual sudaba del nerviosismo. Elegimos un tango de Francisco Canaro que me recordaba sus ojos de pajarito. Ella, acostumbrada a bailar con mucha gente alrededor, se desenvolvía bien en la pista, a pesar de todas las miradas que se posaban sobre nosotros. Yo, en cambio, me sentía evaluado por los demás. A los ojos de nuestros familiares y amistades, el baile salió bien porque nunca supieron que yo le susurraba los pasos en el oído. Nos aplaudieron y abrazaron pero no consiguieron aplacar el sentimiento de deuda que quedó en mí: en el momento más importante de nuestra vida, no pude transmitir mi intención con el cuerpo.

Como hombre, mi rol era llevar, es decir, dirigir a la mujer paso a paso. Ahora bien, ¿qué pasaba cuando ella no hacía el paso que yo indicaba? Era fácil para mí asumir que ella no entendía lo que yo quería expresar. Mi formación ingenieril me hacía creer que no había ambigüedades en el baile, así como no las hay en una fórmula matemática ni en el código de un programa.

Poco después nos mudamos a Barcelona, donde nuestros estudios nos distrajeron del tango por un tiempo. Al tercer año, decidimos retomar el baile. Encontramos una escuela que estaba cerca del *lab*, regentada por una pareja de profesores argentinos, Paloma y Benteveo. En su visión, el tango se resumía en tres conceptos: la mirada, el abrazo y la caminata.

La clase no era solo de baile, sino también de integrarse en la *milonga*. Allí se invita a otra persona a la pista a través de la mirada entre tandas de canciones. Si esquivan tu mirada, no quieren bailar contigo. Si la reciben y la mantienen, tienes pareja de baile. Yo bailaba con la Pajarito y, por tanto, no me preocupaba de eso.

Sin embargo, sí me preocupaba del abrazo. El abrazo del tango es inclinado; ambas personas juntan su pecho, a veces físicamente si hay pasión; otras veces, convergiendo al contacto, sin lograrlo si hay destreza, y con separación si no hay confianza en uno mismo. La mano izquierda se le ofrece a la otra persona, quien, al aceptarla, presenta su omoplato para que uno lo acoja con la mano derecha y, después, la otra parte reposa su derecha sobre los hombros propios.

Es un error decir que uno abraza a otras personas porque el abrazo se construye entre dos. Cuando uno abraza a otro, se crea una resistencia; cuando ambos se abrazan, se crea una sinergia, una entidad que es más que la suma de las dos personas que lo conforman. Lo aprendí cuando abracé a una mujer búlgara en una clase. No hablaba castellano ni conocía mi visión del mundo, y yo no hablaba búlgaro ni sabía quién era ella. Aunque ambos estábamos vestidos generosamente, ya que era invierno; al abrazarnos, vi formarse en mi cabeza la curva de su cuerpo y, al movernos, sentí cómo sus pechos y su abdomen reaccionaban a los pequeños *shocks* que imponía el caminar al ritmo de una canción. Me pregunté si ella habría creado una imagen similar de mí y de las partes de mi cuerpo, de modo que el baile consistiera en ir dibujando esas dos siluetas en una imaginación compartida que entregaba placer a sus integrantes. Dicho placer me provocó emociones contradictorias. Por un lado, abrazaría mejor a la Pajarito. Por otro, lo sentí como una infidelidad no forzada. No supe verbalizar ese conflicto y quedó como una sensación incómoda cada vez que se repetía un momento así.

En una clase posterior, se disolvió esa tensión. Como Benteveo y Paloma solían dar bailes de exhibición y pocas veces bailaban juntos, alguien les preguntó si sentían celos al ver bailar a su pareja con pasión con otras personas.

—Cuando bailo, sea con quien sea, lo hago con la mujer de mi vida —respondió Benteveo.

Aprovechando el momento de confianza, Benteveo respondió otras preguntas y comentó algo: estaba irritado porque habían surgido supuestas escuelas de tango lideradas por personas que habían tomado clases con él, pero que no se dedicaban al tango como él lo hacía. En ese tono que caracterizaba al personaje que adoptaba como profesor, el Gran Piola, dijo:

—No se puede entregar lo que no se tiene.

En esa clase nos enseñó giros bailando con la Pajarito. La vi dejar una estela al moverse, un hilo de seda que Benteveo recogía con su cuerpo y hacía flamear por el aire con delicadeza y ternura. Ella es la mujer de mi vida, lo sabía en ese entonces, lo sentía, pero todavía no encontraba la manera de expresarlo en el baile. Ese espacio dinámico entre nuestros cuerpos formaba un vacío al que debía aprender a darle significado.

Durante esa clase, las mujeres y los hombres se separaron para preparar sus técnicas. En esa ocasión, ambos practicamos los *ochitos*, llamados así por el trazado de los pies al moverse. Se practican por separado porque las direcciones son opuestas. Los hombres practicamos sin apoyarnos en nada, haciendo el recorrido del *ocio* mientras nos mantenemos verticales al desplazarnos. Las mujeres mantienen su torso en una posición constante, afirmadas en una barra, a la vez que desplazan y rotan sus piernas.

—Qué lindo mueve sus piernas la Sofía —comentó Paloma en una clase mientras la Pajarito ensayaba en la barra. La contemplamos unos instantes. Su rostro daba hacia la pared, así que no podía saber que yo la observaba. Comprendí entonces que mi visión del mundo era limitada, que había intentado entregar algo que no tenía. Hasta ese minuto, me fijaba en las formas, no en el movimiento, tanto en el tango como en su cuerpo.



Avanzo y escribo  
Decido un camino  
Las ganas que quedan  
se marchan con vos  
Se apaga el deseo  
Ya no me entreveo  
Y hablar es lo que se me va mejor

---

*El mareo*

BAJOFONDO CON GUSTAVO CERATI

Descubrí que la relación con el tango no es tan diferente a la que yo tenía con los videojuegos. El esquema básico del tango consta de ocho pasos. Tiene caminata en el *tres* y el *cuatro*. En el *cinco*, la mujer se detiene y cruza sus pies. Es un movimiento hermoso, y si la mujer quiere, puede dibujar figuras en el suelo y en el aire con la punta de sus zapatos, figuras que el hombre no ve ni siente. Figuras que hace por ella, para ella. Para romper ese esquema y caminar libremente, entonces, se requiere que, en vez del *cinco*, la mujer siga caminando hacia atrás. Esa disrupción se comunica con el pecho; no con la boca, no con los brazos, sino con la respiración y con la proyección del *momentum* controlado por quien lleva la pareja. Hacerlo bien requiere tanta precisión y sutileza como la de un colibrí al probar el néctar de una flor. Es un movimiento imposible de dilucidar desde afuera. Es un secreto, tal como en los videojuegos de pelea se aprecian movimientos espectaculares en la pantalla sin saber cómo mueve la palanca o presiona los botones la persona que controla a los personajes. Pero esa persona sí debió presionarlos en una secuencia específica. En una *combinación*.

Solíamos practicar estos movimientos en las clases. Diría que las lecciones de tango consisten en construir y reconstruir esa estructura básica hasta descubrir la manera personal de destruirla para bailar libremente. Saber más y más pasos no contribuye a caminar mejor.

—¿Les parece que los hombres hagan la parte de la mujer? —sugirió Paloma en una clase.

Tras un silencio prolongado, surgió la primera respuesta.

—Soy bien hombre para esas cosas —dijo un hombre mayor.

—No tiene nada de malo —respondió Paloma—. Es bueno probar cosas nuevas. Recuerden que el tango nació en los arrabales de Buenos Aires, donde los hombres bailaban entre sí mientras esperaban a las prostitutas afuera de los burdeles. Además, en castellano llamamos «la parte del hombre» y «la parte de la mujer» a cada rol, pero en inglés es *leader* y *follower*, sin distinción de sexo.

En las milongas, había visto mujeres llevando a otras mujeres. También había visto diagramas de pasos para ambos roles, aunque no entendía que era más complicado que ver el mundo desde un espejo y que cambiar la dirección alrededor de un eje no era suficiente.

—Para las mujeres es jodido llevar en el tango —prosiguió Paloma—, no porque sean más chicas, sino porque no están acostumbradas. No es como en el sexo, donde la mujer lleva o, si no, no recibe todo el placer que quiere. Hombres, escuchen: meter y sacar no es todo; de hecho, es casi nada. Lo mismo acá: saberse de memoria los pasos no los va a llevar a ningún lado en la pista.

Sus comentarios de ese estilo eran comunes. En una ocasión, le comentó a la Pajarito:

—¡Qué buenas tetas que tenés! Si <PLAYER II> te abraza en la cama como te abraza acá, lo deben pasar genial.

Nos sonrojamos. No somos de comentar sobre nuestra sexualidad. Somos tímidos, aunque también es parte de la cultura chilena ser retraídos. Entendíamos que había una mezcla de factores en el desplante de Paloma: la nacionalidad, el tango y la libertad barcelonesa.

Sin embargo, había un factor adicional que pocos conocían y que descubrí cuando nos inscribimos en la escuela. Estoy obsesionado con la información, con su almacenaje, su indexación y su búsqueda. Sé encontrar datos sobre lo que me proponga buscar. Por eso, cuando

quiero saber quién es alguien, lo primero que hago es buscar a esta persona en la red. En su *blog* personal, ella compartía abiertamente su experiencia viviendo con agenesia vaginal. Este síndrome evitó que desarrollara un útero y que su vagina fuese una abertura hacia su interior. La manera de darle forma era operarse para construir un canal vaginal, procedimiento al que se sometió durante la adolescencia. Siendo una adolescente, día tras día y durante años, tuvo que empujar y presionar su interior con un dispositivo tubular. En su *blog*, buscaba compartir y recibir experiencias de otras personas viviendo con este síndrome. Por ello, cuando la veía bailar, imaginaba que para ella el tango era sexo; no era una pasión más, sino la pasión que la llevaba a entregar su cuerpo completo, a fusionarse con otro. Yo sentía su dedicación cuando ella bailaba conmigo, sentía el deseo, no por mí, sino por el baile, por la expresión.

—<PLAYER II>, ¿te animás a bailar con David, a seguirlo? —me preguntó, quizá al notar que yo divagaba entre mis recuerdos.

David era un estudiante de teatro una década más joven que yo; era de apariencia frágil, elegante, de ojos pequeños. Vestía un peto con el que exhibía el vórtice de su ombligo en la piel oscura, conectado con la pelvis por un camino de vellos delgados. Ayudaba a la escuela haciendo clases y así podía optar por algunas gratuitas. Acepté la propuesta con miedo, no de bailar con otro hombre, sino de hacer el ridículo. Mis piernas y mis movimientos no tenían gracia.

Me posicioné ante él mientras el resto nos rodeaba.

—Abrázame —indicó.

Me ofreció su mano derecha, la acepté y extendí mi brazo derecho. Rodeé su espalda sobre su hombro, tanteando delicadamente dónde quedaba bien mi mano como si palpara una membrana delicada que pudiese perforarse al menor exceso de fuerza. Una vez abrazados, comenzó a girar su torso sobre su eje vertical. Rotaba a la izquierda, a la derecha, para que lo siguiera y lograra conectarme con él. No me re-

sultaba. Me frustré y volví mi cuerpo aún más tosco. David retrocedió su rostro para que nuestras miradas pudiesen encontrarse.

—Cierra los ojos.

Y los cerré, hice desaparecer al mundo y a nuestros cuerpos. Me entregué a David en el territorio formado por nuestro abrazo. El tacto, los sonidos, la respiración, toda la sangre circulando por mi cuerpo; el movimiento de los dos resonaba en mi universo interior, oscuro, sin estrellas ni luces. Reconocí el *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro*. No reconocí el *cinco* y seguí caminando, aunque David sí me había marcado un *cinco*. Él reaccionó a mi decisión y siguió bailando. Mi cuerpo interpretaba sus palabras insonoras a voluntad y él reinterpretaba devuelta, se adaptaba, me llevaba y se dejaba llevar al mismo tiempo.

David me enseñó algo: el tango es un baile de a dos y de ninguno a la vez, de algo entre nosotros capaz de estremecer de placer sin importar lo que carguemos en la entrepierna.



Dicen que tu pasión me alucina  
dicen que nuestro amor es prohibido  
dicen que mi razón se ha perdido  
¡y hasta dicen que huimos de Dios!  
Dicen que tú desviaste mi vida  
y me das este horror o martirio  
pero yo, pero yo solo digo  
¡la razón está en tu corazón!

---

*Tu corazón*  
DONATO RACCIATTI Y NINA MIRANDA

Antes de aprender a bailar, sentía la presión de hacerlo bien, como si hubiera decenas de ojos en el aire escrutándonos, exigiendo que llevara bien a la Pajarito, que ella viviera el placer del baile y que desplegá-

ramos una *performance* compleja y acrobática. ¿Caminar solamente? Ni pensarlo, era demasiado aburrido. Si fuese una competencia, no habría puntaje asociado. Si estuviera en los Diana, importaría los destellos en la pantalla, importaría el marcador de victorias, importaría la complejidad de las combinaciones y el mensaje «42 HIT COMBO».

Pero ya no me importa el puntaje. Hoy, en las sombras del Marremagnum, entre las siluetas de las parejas compuestas por distintas partes carnales y partes lingüísticas, nos movemos al compás, como zorzales, hasta encontrar un lugar donde reposar y tantear nuestros pasos, imaginamos que no hay nadie más que esas estelas fantasmales que ya no temo.

La Pajarito gira alrededor de mí; una pierna detrás de otra, sin que yo levante los pies del suelo; mantengo los hombros firmes, acaricio su omóplato, me envuelvo en su perfume. Quiero que continuemos caminando, que no venga un *cinco* después del *cuatro*, sino otro *cuatro* y otro, que sean muchos *cuatros*. La pista no es un círculo donde todas las parejas arman un flujo que se desenvuelve en la misma dirección, es una cinta de Moebius donde no dejaremos de caminar, donde nuestros roles de hombre y mujer dejan de existir, donde nuestros genitales ya no son las partes que nos definen. No me importa nada más que su respiración, la textura de su piel, la suavidad de su abdomen, el tacto de seda de sus dedos en los míos, el movimiento de vaivén suficiente entre nosotros para despojarnos del mundo. Ella es la mujer de mi vida. Ella es mi vida. Sostengo la respiración, disminuyo la presión de mis dedos en su espalda y, determinados a que ese instante sea una muerte sublime, seguimos.

El escenario continúa oscuro. Se ven las estrellas en el cielo; ilumina más el brillo de sus ojos pequeños que me indica el camino, su camino, nuestro camino. Como si yo fuera la noche y ella fuese una llanura infinita de arena pálida y fina, comienzo a acariciar su cuerpo con mi manto, sin encontrar curvaturas ni divisiones ni partes, engullendo su presencia con mi oscuridad.



*Sin palabras, el abrazo del tango contiene nuestra unión.*



## AÑO 3-2: MEMORIA DE ACCESO ALEATORIO

Una mañana de verano recibí un correo de mi madre con asunto «URGENTE». Horas después, a través de una pantalla, me dijo:

—<PLAYER II>, tu padre va a morir. Debes volver.



El regreso no fue inmediato. Con la Pajarito debíamos darle cierre a la vida que llevábamos en Barcelona: había acuerdos que alcanzar con el *lab*, muebles que vender, amistades que saldar. Con mi *advisor*, Cid, acordamos que en diciembre podría volver a Chile y terminar el año restante de tesis de manera remota.

Entre tanto, hablé todos los días con mis padres a través de video-llamadas en Skype. Conversaciones donde fingíamos que los exámenes eran rutinarios y nos centrábamos en temas superficiales. No comentábamos las fotos que mi mamá me enviaba de las manchas que él tenía en sus piernas y brazos. Él no supo, o no quiso saber, que yo las había visto.

A veces me hacían preguntas difíciles, como «¿Qué haces en tu tesis?». Yo, al igual que varios de mis compañeros, no entendía del todo lo que hacía y, por tanto, menos podía explicarlo. Aun así, en una ocasión les conté sobre uno de mis experimentos. Quería lograr que personas con ideas políticas opuestas pudieran conversar en Twitter a partir de sus gustos comunes. La inspiración detrás de la idea surgió del recuerdo de haber conocido a nuestros amigos Giuseppe y Dolores:

—La técnica se llama «temas intermediarios», que son un puente para acercar a las personas. Por ejemplo, Tata, podrías ver un partido de fútbol con un comunista que también fuese de la U.

—Nunca veré un partido con un comunista —respondió con su voz áspera, desgastada por el tumor que había tenido en la garganta años atrás.

Me limité a escuchar su opinión. Una vez que terminó, me reí. A veces imitaba su manera de decir las cosas, de enojarse por cosas pequeñas como la luz del semáforo. Eso lo irritaba todavía más. A pesar de ser un cascarrabias de esos que les gritan a la televisión, yo lo quería. Nos gustaba comer helados, de castaña (él) y de lúcuma (yo), ver programas de Anthony Bourdain recorriendo Chile. Comer era nuestro tema intermediario, nos gustaba recordar cuando íbamos a comer empanadas de queso a El Rápido, en Paseo Bandera, hacer el gesto de entrar a la puerta, indicar un tres con la mano y, al llegar a la barra, tener las empanadas *calientitas*, listas para la degustación.

Al terminar el teatro de las llamadas, solía llorar en los brazos de la Pajarito, sin máscara alguna.



Su condición se deterioró después de nuestro retorno. Dado que mi horario era el más flexible en la familia, dediqué gran parte de mi tiempo a acompañarlo en la clínica. Llevaba mi *notebook* para trabajar en su habitación, redactando un artículo para una conferencia con los resultados de mi experimento y preparando la presentación que haría en Corea. Él se divertía contándome historias sobre el colegio que dirigía y se interesaba por las experiencias de la Pajarito, quien se había incorporado como psicóloga educacional. En ocasiones, la habitación se convertía en un despacho improvisado: él planificaba horarios en cuadernillos y mantenía conversaciones telefónicas con su equipo administrativo.

Lo veía lleno de vitalidad y me sentía seguro de que todo saldría bien. Si él sentía miedo, no lo demostraba. Yo tampoco, aunque no soportaba ver a las enfermeras pincharle las piernas una y otra vez buscando la última vena que resistiera una extracción más. Me escapaba a la avenida Independencia, tomaba la primera micro que se dirigiera al centro. Me bajaba en Merced y pasaba a jugar un par de fichas en los Diana. Allí no lloraba, quería hacerlo, pero no podía; sí podía ganarles en *Street Fighter* cuantas veces quisiera a quienes iban a buscar pelea a ese lugar.

Un día surgió una esperanza. Su oncólogo encontró células madre congeladas provenientes del autotrasplante de médula que se había hecho años antes. Estaban en el banco de sangre de la Universidad de Chile. No sabíamos que existían (el médico tampoco), pero estaban intactas, listas para regresar al cuerpo del que provenían. No eran una cura, más bien le otorgarían un tiempo extra, un *rewind* en su sistema inmunológico. Solo había que esperar que su estado le permitiese recibir el trasplante y tres cheques a precio contado. El ánimo de todos mejoró; el mío, lo suficiente para viajar a Corea con entusiasmo.



Recorrió las calles de Seúl pensando en todas las cosas que podría contarle a mi padre: lo colorido de las calles, la fanfarria que sonaba en el metro cada vez que llegaba un tren, el respeto a la gente mayor y el machismo que se veía en los espacios públicos, distinto al chileno, pero no menos pronunciado. Hacía fotos espontáneas con mi teléfono y, como no tenía *roaming*, se las enviaba desde alguna red wifi abierta.

La conferencia se llevó a cabo en Gangnam, un distrito de rascacielos excesivos. Arrendé un departamento pequeño, rodeado de bares, cafeterías, gimnasios y barberías. Cada local tenía parlantes hacia la calle que reproducían *k-pop* a todo volumen y sin parar. Allí tuve la oportunidad de reencontrarme con Lidia, una amiga del doctorado.

Ella terminó de escribir su tesis en plena conferencia y yo la acompañé cuando la envió a impresión. Me imaginé en la defensa de mi propia tesis con mis padres acompañándome.

El día anterior a mi presentación me junté con una amiga coreana que conocí en Barcelona. Fuimos a un local de parrilladas. Nos entregaron la carne marinada en salsa agridulce, nos pasaron tijeras y hojas de lechuga. La carne se preparaba en una parrilla integrada en el centro de la mesa y, una vez lista, se envolvía con la lechuga en la mano. Mientras brindábamos con *soju*, me contó que había abandonado su doctorado, que se sentía mejor trabajando en una *startup*, sin el estrés de la incertidumbre ni las expectativas. Yo le conté que no sabía qué haría una vez que terminara mi tesis, aunque esa no era mi preocupación en ese momento.

Entonado, después caminé pensando en qué le contaría a mi padre sobre esta experiencia de *Korean BBQ*. Era medianoche. Todavía había oficinas con las luces prendidas, coreanos trabajando sin parar, tiendas de conveniencia abiertas las veinticuatro horas con bolas de arroz y bebidas saborizadas, y adolescentes pateando latas de cerveza.

Al llegar al departamento tenía decenas de mensajes de la Pajarito. Me contaba, con palabras cada vez más tristes, que mi padre había tenido un ataque. Su vesícula había reventado, llenando su sangre de células muertas e infectadas. Pasó una noche entera retorciéndose y gimiendo, entre exámenes de urgencia y enfermeros de turno que le decían que exageraba para evitar inyectarle morfina.

—Lo operarán tan pronto como sea posible. Ve a dormir y conéctate cuando despiertes. Trataré de que puedas hablar con tu papá. Te amo —escribió.

No pude dormir. Tampoco pude llorar, a pesar de la angustia. Estaba en un departamento que no era mío, doce horas en el futuro. Y, tal como hacíamos en Barcelona casi todos los días, comencé a escuchar a Cerati, a quien le robaba sus letras para usarlas como pensamientos:

Y cuando te busco,  
no hay sitio en donde no estés  
Pensándolo bien,  
sé que siempre supe el desenlace  
Un compás de luz el faro dibujó en el mar,  
con un beso azul  
la espuma se convierte en sal.

Al amanecer, la Pajarito me envió otro mensaje: mi padre estaba a punto de entrar al pabellón. Era mi última oportunidad. Me conecté a Skype y lo llamé. Imaginé la situación: ella, con su ternura, sosteniendo el teléfono junto a él, recostado mirando a mi madre, diciéndole con su optimismo insensato que todo saldría bien, que él era fuerte, que creyéramos en Dios.

—Ya se conectó <PLAYER II> —dijo la Pajarito—. Está en el teléfono.

—Hijo...

Hijo, hijo, hijo. Parecía un eco. Yo le respondí, pero él insistía en decir lo mismo. ¿No me escuchaba? ¿La conexión era mala? Quizás los nervios impedían que oyera. Quizás no grité todo lo que pude gritar. Quizás él pensó lo mismo y por eso se resignó a decirme lo siguiente:

—Hijo, te quiero mucho.

Su voz serena borró todo el miedo.

—Te amo —volvió a decirme la Pajarito, y colgó.

Pensé en el dolor que torturó a mi padre toda la noche anterior. No logré imaginarlo.

Fue la primera vez que di una charla sin nervios en una conferencia.



El trayecto fue largo: desde Seúl a Estambul, con muchas horas de viaje; desde Estambul a Madrid, con muchas horas de espera caminando sin

parar por el aeropuerto para distraerme; de Madrid a Santiago, donde tuve suerte de estar en una fila con tres asientos libres. Estaba tan cansado que dormí durante todo el viaje.

Reconocí a la Pajarito y a mi madre detrás del mar de taxistas con letreros en la sección de llegadas del aeropuerto. Abracé primero a la Pajarito, hundí mi rostro en su cuello. A través de las hebras de su pelo vi el rostro de mi madre como en un espejo roto y la abracé después. Me dijo que él ya no sufría. Estaba en un coma inducido del cual no volvería a despertar.

Yo quería ducharme. Si me iba a enfrentar con la muerte (su muerte), quería hacerlo limpio. O quizás simplemente no me atrevía a verlo en ese estado en el que lo poco que quedaba de vida era artificial.

El último piso de la clínica estaba reservado para quienes morirían tarde o temprano. Allí estaba su cuerpo inerte, con un respirador mecánico, en una pose articulada cada cuatro horas por un kinesiólogo. Una enfermera me explicó que la máquina solamente apoyaba, era el cuerpo el que seguía respirando. Los registros vitales que mostraba el monitor Holter eran reales.

Mientras esperaba la conexión en el aeropuerto de Madrid, le había pedido a la Pajarito que le leyera algo al Tata. Era la mitad de lo que sentía, la mitad de lo que podía expresar, porque no lo tenía frente a mí. Allí, también, le envié un mensaje por WhatsApp a un médico que conocía, preguntándole si estando en coma se podía soñar. Si cuando yo le hablara, él estaría dentro de un sueño, en un mundo que se destrozaba mientras buscaba sus recuerdos y escuchaba mi voz distorsionada desde el exterior.

La respuesta fue negativa.

Frente a su cuerpo, apenas logré evocar la otra mitad de lo que sentía. La línea del pulso de mi padre mantuvo su ritmo en todo momento, una curva suave e inmutable ante mi llanto.

Al día siguiente recibimos una llamada diciendo que había llegado el momento. Fuimos a verlo y esa curva se aplano frente a mí. Su mano

reaccionaba ante la respiración y, en un instante tan imperceptible como el aletear de colibrí, esta dejó de moverse, de tiritar, de albergar flujos sanguíneos.

Mi padre había muerto.



—Soñé con Padilla —contó mi madre en el auto, camino al cementerio.

Mi padre consideraba que ese profesor de Gastronomía era su enemigo en el colegio. Ambos eran admiradores del ejército y Padilla tenía actitud marcial. Sus estudiantes lo respetaban y querían. Tenía problemas con los sostenedores, ya que los acusaba de quedarse con la subvención y no invertir en la infraestructura de las cocinas necesarias para la formación culinaria.

Según mi madre, Padilla una vez dijo: «¡Es inaceptable que preparamos comida en cocinas oxidadas! Mis estudiantes no merecen estas condiciones indignas. Lo único nuevo son los cuchillos. Y es porque cada estudiante debe tener los suyos». Ese era un problema que sufría el colegio desde antes de la llegada de mi padre como director. Quizás, aprovechando que el jefe era nuevo, Padilla comenzó a organizar un motín entre los alumnos para tomar la escuela y hacer un escándalo.

—Cuando tu padre se enteró, fue a hablar con los sostenedores para que aumentaran el presupuesto. Dijeron que no lo harían, que la ley no los obligaba.

Pero el Tata no le dijo eso a Padilla. Silenciosamente, él financió por su cuenta las mejoras en la cocina. Eso solucionó el problema de manera momentánea. Cuando Padilla supo que el dinero salió del bolsillo del director, le recriminó que no le correspondía resolver el problema de esa manera, y le dijo que buscaría instancias para que los sostenedores dejaran de usar argucias legales para quedarse con el dinero que el Estado proveía para el alumnado.

El Tata era leal a los sostenedores y sabía que, en términos de plata, era imposible que cedieran. Ya le había pasado la primera vez que tuvo cáncer, cuando les rogó que conservaran la parte de su sueldo que no era imponible, porque se perdería con la licencia médica. A pesar de la negativa, su lealtad no se quebrantó. Jamás entenderé su actitud, pero sí comprendo su motivación. Y es que Padilla y él tenían visiones opuestas, pero su tema intermediario era el bienestar de sus estudiantes.

La sombra de Padilla y sus motines siempre estuvo presente en la gestión de mi padre. Su enfermedad lo interrumpió todo. Y ese día, camino al funeral, Padilla también iba detrás de nosotros, en su *pick-up* enorme, con tantos ramos en la parte trasera que algunas flores caían en el camino. Detrás de él, un bus llevaba a los estudiantes que, con su traje más elegante de restauradores, le habían hecho guardia al féretro de mi padre durante la misa.

Ya con el féretro en su última etapa, una maestra de ceremonias expresó frases aprendidas de memoria que resultaban emotivas para las demás personas, aunque para mí eran solo palabras vacías. Yo permanecía como la persona fuerte en esa situación, el hijo que mantenía la compostura y se aseguraba de que las cosas funcionaran, incluyendo reproducir la música que él habría elegido para esa ocasión: la banda sonora de *Gladiador*. El momento en que estallé en llanto fue cuando presioné *play* en mi celular, al tiempo que el féretro comenzó a desceder.

Después comenzaron los pésames. Se me acercaron adultos de más edad que yo a estrecharme la mano y darme las gracias.

—Él fue mi profesor jefe en cuarto medio y me salvó la vida —dijo uno de ellos.

Mi experiencia durante el doctorado me permitió comprender lo importante que era guiar a alguien y esa tarde mi padre me enseñó, indirectamente, que si se guía bien a alguien, le puedes, incluso, salvar la vida. Parecía que su legado estaba en las manos de alguien tan

distinto, tan opuesto: su propio hijo. Comprendí que él tampoco fue un hombre de emociones y que, además de nuestros temas intermedios, teníamos la misma misión.



Meses después mi experimento fue aceptado en la conferencia. Volví a llorar porque ese tiempo que ocupé trabajando, en vez de atendiendo a mi padre, no se había perdido. *Pensándolo bien, siempre supe el desenlace.* Recordé una tarde con él en la clínica junto a la Pajarito, con una telenovela brasileña en el fondo, contándole sobre los resultados que estaba obteniendo. Recordé otra tarde con él en la clínica junto a mi madre, con un matinal en el fondo, mostrándole los resultados en mi PC, explicándole los gráficos, diciéndole que sí, quizás sí vería un partido con un comunista, porque ya había visto películas conmigo, un izquierdista que no se sabía de dónde había salido.

Recordé otra tarde con él en la clínica, los dos solos, viendo películas de acción en un DVD.

Al recordar estas escenas repetidamente, se iban distorsionando como una cinta VHS copiada muchas veces. Había creído que la memoria funcionaba como una biblioteca indexada por Google, donde se hace una consulta y se obtienen resultados exactos, ordenados por importancia. Pero más bien tenía una RAM, una memoria de acceso aleatorio, donde se almacena todo lo que sucede en el momento y solo algunas cosas persisten en el disco. ¿Cómo saber qué se guardó y qué no? No sé cuál de los recuerdos en la habitación es ficción.

Hay dos fotos en mi computador que catalizan imágenes que, estoy seguro, son recuerdos. La primera es la última foto que tenemos juntos: la tomamos en mi cumpleaños, pocos días después de regresar a Chile. No recuerdo la noche específica con la foto, sino cumpleaños familiares anteriores, el Tata y yo andando en auto por Irarrázaval después de ir a buscar una torta de lúcuma al Teatro California. Siempre la misma, con

un corazón de chocolate. Hoy, como si el sabor fuese un puente, cada vez que pruebo la lúcuma siento que él está cerca, comiendo castañas. Así, puedo concluir que es una imagen real.

La otra me hace recordar el eco de su voz en esa última llamada. Viajé a Corea con la esperanza del trasplante, tanto así que dejé de entender nuestros diálogos como una potencial última conversación. La foto muestra gente entrando a un tren: al centro, un chico leía *El gran Gatsby* en hangul. Quise mostrarle lo complejo de la red de metro en comparación con la nuestra, en un mapa que se asomaba tímidamente por arriba. Él respondió a los pocos minutos, deseándome éxito en la presentación. En ese momento nadie imaginaba que la leucemia avanzaba, microscópica e indetectable. La foto no tiene encuadre, está desenfocada y le falta colorido, como un sueño inventado.



*Tengo dificultades para diferenciar entre recuerdos reales e imaginados. Lidiar con esa incertidumbre y sus consecuencias en el duelo ha sido parte de aprender a ser autista.*





## AÑO 4: PALABRAVENTURA

Mi arte surge de alucinaciones que solo yo puedo ver. Traduzco las alucinaciones e imágenes obsesivas que me atormentan en esculturas y pinturas.

---

YAYOI KUSAMA

Conocí a Lidia en uno de los primeros seminarios del programa de doctorado, una tarde de ese invierno que no se decide a ser frío en Barcelona. Era la última compañera que me presentaron y la primera española; la mayoría de la gente del programa era de otros países. El hecho de hablar castellano nos hizo conectar enseguida: «¿<PLAYER II>? ¡Pajarito! ¡Sí que en América usan nombres diferentes!».

Una de las primeras cosas que discutimos fue el hecho de estar haciendo un doctorado. En esta época parece un esfuerzo perdido; de hecho, está demostrado que, si se considera desde un punto de vista financiero, hacer uno es perder muchísima *plata* («Ah, *pasta*», dijo ella, luego de preguntarnos qué significa *plata*). Y para quienes nos mudamos de país, es todavía peor. Con esos antecedentes, cualquiera podría pensar que la Pajarito y yo estábamos locos. Como para consolarnos, Lidia nos dijo: «Tener un doctorado es importante, ¿sabéis?

Los doctores son las únicas personas que no deben sacarse sus sombreros ante el rey». Nos contó que el rey firma los diplomas de doctorado y que por eso demoran tanto tiempo en estar listos después de la graduación.

En ese momento, la graduación parecía algo lejano, más allá del horizonte. Además, ni Lidia ni yo estábamos allí porque la inversión no fuese buena. A veces hay que sacrificar algo para llegar donde se desea. Aunque no sabíamos todavía en qué consistía el algo ni cuál era el destino.

Mi comentario sobre el sacrificio impulsó a Lidia a compartir su historia con nosotros. Había regresado de Londres un año atrás, donde hizo un máster en Procesamiento del Lenguaje Natural. La había becado uno de los bancos más importantes de España. Su vuelta fue forzada, porque poco antes de defender su tesis sufrió una crisis de pánico. Un día despertó en una camilla en pleno pasillo de un hospital al que no sabía cómo había llegado, solo recordaba su nombre. Alucinaba con letras y palabras en el aire, que se interponían entre ella y la realidad. Ese fue su punto de inflexión. Al contrario de lo que indica la intuición, ella decidió que debía trabajar más, demostrar más. Una vez recuperada, defendió su tesis y regresó a Madrid determinada a encontrar alguien que la guiara, no como profesor o profesora, sino como mentor. Buscó personas que pudieran orientarla, pero no la convencía la trayectoria de ningún profesional hasta que encontró el currículo de Cid Pollendina, que la sorprendió porque parecía ser de las pocas personas en la academia cuya investigación tenía «impacto en el mundo real». Le escribió un correo contándole que era lingüista de profesión, que su máster la había introducido en el análisis de texto y que buscaba *advisor* para doctorarse.

La respuesta electrónica de Cid contenía varios temas de índole académica. Sin embargo, un párrafo de dos palabras fue como un hoyo negro que lo absorbió todo para Lidia:

«¿Eres disléxica?».

Cuando Lidia recibió la respuesta, se preguntó incesantemente: «Sí, soy disléxica... ¿Cómo lo descubrió?». Eso era algo que solo sabían sus padres, un secreto que ella se esforzaba por custodiar. Sus profesores en el colegio ya la habían olvidado y su diagnóstico solo estaba registrado en una carpeta en alguna bodega polvorienta. Y, sin embargo, una persona había sido capaz de darse cuenta. Así supo que debía hacer su doctorado con él.

\* \* \*

Aunque una de cada diez personas es disléxica, quienes tuvieron a Lidia como alumna (y quizás la mayoría de los profesores hoy) no están conscientes de ello. Creen que cuando un niño no puede leer, no tiene comprensión lectora. Como le dijeron a Lidia, «nació tonta y se quedará así», o «si no entiende el texto, ¿cómo se le puede enseñar?». Lidia perdió la cuenta de todas las veces que le dijeron que sería un fracaso. Lo cierto es que ella comprendía muy bien, aunque el proceso cognitivo que reconoce letras y palabras, y las dota de significado no funciona en ella de la misma manera que para el resto de las personas. Para Lidia, leer era como tratar de mantener el equilibrio en una gran ola de letras flotantes: «No es como ver una falta de ortografía, porque si alguien escribe una palabra con uve en vez de be, igual se puede interpretar bien. Es como enfrentarse a un texto que ha sido censurado con letras en vez de manchas negras... como letras movedizas que a veces se escapan de las páginas».

Que Lidia tuviera que revisar cada texto que escribía durante horas no ayudaba. Aunque le pareciera que había redactado adecuadamente un correo electrónico, no podía saber si estaba realmente correcto o si su dislexia la hacía creerlo así. Verificaba palabra a palabra múltiples veces, y aunque escribía textos maravillosos, ella no lo creía posible. De cualquier modo, sí estaba al tanto de la importancia de los descu-

brimientos que hizo en sus experimentos, como cuando determinó que la tipografía *sans-serif* es más legible para la lectura disléxica. Incluso caracterizó el movimiento de las pupilas al leer: las de alguien disléxico se parecen a un sismógrafo en pleno terremoto, mientras que las de quienes no lo son hacen un barrido suave siguiendo el flujo de la narración.

Los malentendidos del lenguaje se traspasaban a sus conversaciones. Cuando hablaba conmigo o con la Pajarito, siempre teníamos que preguntarnos qué significaban las palabras. Y es que, si bien hablábamos castellano, nosotros éramos chilenos. Por más que intentara neutralizar mi acento o mi vocabulario, hay palabras que están arraigadas por dentro, como *pucha*, o palabras que se usan en ambos países pero tienen significados opuestos, como *chulo*: algo *chulo* es *bacán* para ella, pero *cuma* para nosotros. Lidia decía que yo soy *tiquismiquis*, pero la Pajarito recalca que soy menos *mañoso* que antes. Y cuando tuvimos un problema con el termo de agua caliente en el piso, Lidia nos aconsejó llamar a un *manitas*, porque en España no hay *maestro chasquilla* y menos *gásfiter* que revise un departamento, sino *lampista*. También hubo chascarrillos en sus reuniones con Cid, porque cuando le mostraba los avances de su investigación, él respondía *ya* y para ella eso significaba que estaba disconforme. Y ella volvía a explicar sus avances, ahora con más detalle (y preocupación), y él volvía a responder *ya*.

Existen pruebas para detectar la dislexia, pero deben ser aplicadas por personal especializado. Se requiere instrumentación y tiempo, recursos que los profesores de escuela no tienen. Tal como Cid reconoció que ella era disléxica, y como ella terminó comprendiendo que *ya* significaba otra cosa, Lidia se preguntó si una máquina sería capaz de detectar si un niño era disléxico. Si lograba demostrarlo, entonces todos esos estudiantes que son evaluados de manera errónea, y vistos como un fracaso, podrían aspirar a recibir una educación justa. Desde esa perspectiva, descubrir o inventar el programa que detecte disle-

xia en niños no era solo un interés de investigación, sino un propósito de vida.

De acuerdo con el método científico, una vez que se tiene una hipótesis, hay que recabar datos para realizar un experimento. Pero ¿cuáles? Cid le reveló a Lidia el secreto detrás del descubrimiento de su identidad: creía que había recurrencias en la escritura de los disléxicos y eran distintas de las propias de la gente neurotípica. Los errores de escritura de los disléxicos eran como huellas digitales lingüísticas, únicas y distinguibles de los errores ortográficos comunes. Bajo esa premisa, Lidia hizo campañas para que padres y madres de distintos colegios en España le enviaran pruebas de lenguaje escaneadas, con los resultados de sus hijos, sin importar si eran disléxicos o no. Una a una, las revisó y codificó las características de cada escrito de los niños: cantidad de palabras y la ubicación de los errores, separando ortográficos de gramaticales, y considerando repeticiones de una misma falla en pruebas distintas. Y, por supuesto, si eran de alguien con dislexia.

El siguiente paso del método científico es poner la hipótesis a prueba con estadísticas que permitieran discernir si las diferencias en los errores correspondían a diferencias estructurales, o bien aquellos eran producto del azar, porque podría ser un asunto de suerte (tanto buena como mala) en la recolección de los datos. Lidia tuvo que preguntarse cuánto variaban los errores en el grupo disléxico y en el grupo no disléxico. Y una vez determinada esa varianza, preguntarse si era suficiente para sistematizar la detección. Así podría responder la pregunta que nadie se hizo respecto a ella por muchos años: si un niño comete errores en su escritura que se asemejan a esos patrones, la probabilidad de que tenga dislexia aumenta. Eso es lo que se conoce como un test de cribado y permite acelerar un diagnóstico por especialistas. Lidia encontró que sí era posible. Había hecho otro descubrimiento más, el más potente de su tesis.

Pero a Lidia no le bastaba con publicar *papers*. Ella quería impactar la calidad de vida de las personas y por eso mismo había recurrido a

Cid. Ahora sabía que se podía crear una herramienta y ponerla a disposición de la comunidad educativa española. Solo hacía falta dinero, porque la existencia y operación de una herramienta así requiere de ingeniería, almacenamiento, *marketing*, relaciones públicas... entre otras cualidades que están lejos del alcance de una tesista o de una académica que está en los inicios de su carrera. Por tanto, Lidia decidió que no seguiría una carrera académica tradicional, sino que levantaría su propio emprendimiento. Además de los *papers* y de terminar su doctorado (eso estaba fuera de cuestionamiento, sí lo terminaría), crearía una empresa y buscaría fondos.

Ya había competido contra otras personas en la academia y contra sí misma en la vida; competir con otros emprendedores por financiamiento sería otro desafío en la misma línea. En vez de convencer a los académicos que revisan artículos o que otorgan becas, debería convencer a quienes invierten dinero. La idiosincrasia de ambos perfiles es diferente, pero el mecanismo de acción es equivalente (o ella así lo creía). Después de varios intentos de buscar capital para la empresa, el camino comenzó a verse promisorio cuando una compañía de telecomunicaciones le entregó un premio para financiar su propuesta: un videojuego que ayude a los niños a desarrollar habilidades lingüísticas. Estaría basado en sortear desafíos de lectura y escritura, y los errores que comentan los niños al jugar serían utilizados para evaluar la probabilidad de que tengan dislexia. Su nombre sería *Palabrantura*.



Poco después de la creación de la primera versión de *Palabrantura*, a nosotros nos llevó una fuerza fulminante a Chile: la enfermedad terminal de mi padre. Así, aprendí que el sacrificio que me correspondía fueron sus últimos años. Junto a mi madre eran profesores, y él había logrado cumplir su sueño de dirigir un colegio, en el que le dio trabajo a la Pajarito como psicóloga. A los pocos meses la leucemia se lo llevó.

Poco antes de que mi padre falleciera, tuve la oportunidad de ir a Corea a presentar los resultados de mi tesis. En esa conferencia me junté con Lidia. Ella ya había terminado su tesis, pero todavía no la depositaba. Lo haría desde la conferencia porque Cid también estaba allá. Recuerdo acompañarlos en una cafetería cerca del edificio del evento, no podía ser en las salas de reunión porque allí siempre habría alguien que interrumpiera a Cid. Lidia, con todos sus reconocimientos a cuestas, seguía sintiendo que debía revisar una última (y otra última y otra última) vez el texto. Cid le revisó el formato, ya que el documento estaba escrito en el sistema LaTex, el mismo que utilizamos para escribir *papers*, donde el formato se programa en vez de editarse visualmente como en Word o Google Docs. Cuando estuvo contento con eso, se fue; debía viajar a Estados Unidos a la siguiente conferencia. Yo me quedé acompañando a Lidia, tomando un té matcha, revisando lo impecable que era su escritura. Pero ella no podía verlo así y no quería presionar el botón que enviaría el PDF a su novio en Barcelona para que él lo llevase a la imprenta.

No podía. Incluso me pidió que yo lo hiciera. Pero me negué, porque era su *quest*, no la mía.

Yo tenía agendado un vuelo de regreso para la mañana siguiente. Horas antes me había enterado de que mi padre estaba en coma inducido, porque, consciente, hubiera sentido un dolor mil veces más grande que el que había sentido antes de ser operado de urgencia. Mi deber era esperar y aceptar. El de Lidia era presionar el botón.

La abracé. No dije nada, no había palabras ni en España, ni en Chile ni en Corea que pudieran plasmar lo que estábamos viviendo. Y cuando reunió el coraje para aceptar que no podría ni debía hacer más cambios en su texto, envió el correo y lloró. Yo también lloré... y finalmente sí logré encontrar una palabra para ese momento: *saudade*.



Terminé mi tesis teletrabajando y, al mismo tiempo, Lidia defendió la suya con honores. Un año y medio más tarde volvimos a Barcelona para mi propia defensa doctoral. Fuimos con mi madre, que también era directora de un liceo en Peñalolén. Como el que dirigió mi padre, ambos eran establecimientos dirigidos a estudiantes vulnerables. No eran buenos estudiantes de acuerdo con las mediciones tradicionales; no tenían cómo serlo con salas de clases con más de cuarenta niños, cada uno con historias terribles detrás. Para ellos, el colegio era una vía de escape temporal, no un lugar de aprendizaje.

Los profesores, sin importar cuánta vocación tuvieran, debían sortear sueldos bajos con situaciones críticas, desde la violencia abrupta en la sala de clases hasta la delincuencia nocturna al acabar la jornada. En ese contexto había niños que, a pesar de tener que dormir junto a otras cinco personas, o no tener nada que comer, o incluso tener que ser testigos de la actividad sexual de sus cuidadores, no necesariamente sus padres, querían emanciparse de su entorno y crecer. Tenían el potencial de transformar el mundo. Eso le contaron mi madre y la Pajarito a Lidia y Cid la noche previa a la defensa, en un restaurante.

Lidia nos contó sus experimentos actuales. Estaba al tanto de que su modelo, como se llama el conjunto de programas, ecuaciones y datos que se utilizan para la predicción, era válido para España. Ella quería que el detector funcionara para cualquier variedad del castellano, no solamente para la de su país. Había reclutado docentes y psicopedagogas de varios países latinoamericanos para efectuar pruebas *in situ*, pero faltaba Chile. No era fácil encontrar colaboradores porque debía ser gente preparada, que tuviera la capacidad de instalar programas, observar a los niños, tomar anotaciones y, sobre todo, evaluar las dificultades de aprendizaje. Al ponerse al día con nuestra historia, vislumbró una oportunidad.

En esa cena se sumaron dos colegios chilenos al experimento. Lidia se sentía afortunada, porque en una reunión con amigos apareció una oportunidad que permitiría mejorar *Palabrantura*. La Pajarito podía

supervisar directamente un colegio y, de manera indirecta, al otro. Además, Lidia comprobó (y mi madre descubrió) que yo no era tan *tiquismiquís* porque probé los chipirones, calamares cocidos en su propia tinta. No sabían que había dejado de ser *mañoso* por una frase que Cid me dijo en algún momento: «Si eres investigador debes probar cosas nuevas, no solamente en lo académico, también en lo personal, y eso incluye la comida». Ambos aprendimos con Cid el poder del lenguaje para entender, predecir y transformar.

Tiempo después, desde Santiago, la Pajarito le contaba a Lidia por videollamada sus intuiciones respecto al comportamiento de los niños, como «los juegos de transcripción de palabras con consonantes ambiguas son muy difíciles para los niños disléxicos». Estaban haciendo pruebas piloto para determinar la dificultad y el alcance de las pruebas finales. Sabían que *Palabrantura* era entretenido. Pero no bastaba con eso para saber si cumplía su propósito de detectar dislexia en una población general y, sobre todo, vulnerable. Lidia y su equipo buscaban maneras de sistematizar la detección de errores en lo que escribían sus jugadores y en cómo interpretaban los textos. La Pajarito monitoreaba cómo jugaban los niños y aplicaba distintas encuestas y pruebas a quienes habían jugado. Ella iba a la sala de un curso y sacaba, con permiso de la docente a cargo, a un grupo de tres o cinco estudiantes. Cada noche me contaba que había entrevistado a diez, quince, doce o incluso veinte niños en total.

Con el pasar de los días, se empezaron a correr rumores en los recreos: «¿Qué era ese juego que tenía la tía Sofía? ¿Por qué estaba reservado principalmente para los desadaptados? ¿Qué tenían ellos de especiales?». En un colegio así, donde la violencia se esconde a plena vista, los niños sin algún problema evidente eran contados con los dedos de las manos, así que la Pajarito debía enfocarse en los casos más graves. Los niños no disléxicos no se daban cuenta de que se necesitaban participantes de todo tipo, no solo disléxicos, pero, al ser más, se sentían discriminados.

Luego de algunos meses de experimentación en Chile, en paralelo con las pruebas que también se estaban llevando a cabo en Argentina, México, Colombia y otros países, ya se contaba con la cantidad de datos necesaria para evaluar la efectividad de *Palabrantura*. Como resultado principal, un 86 % de las predicciones que hacía el sistema eran correctas. El equipo no podía creerlo: una herramienta que podía implementarse en cualquier lugar del mundo a bajo costo tenía una tasa de éxito que no habían imaginado. Un juego lo hacía posible.



El camino de *Palabrantura* no estuvo libre de problemas. Como los resultados globales eran potentes, Lidia los envió para revisión en las grandes ligas académicas. Sin embargo, el entusiasmo que surgió con los resultados no encontró eco en la comunidad: el artículo fue rechazado.

Con el tiempo se aprende que el dolor del rechazo se puede convertir en el goce de una nueva oportunidad. Por eso, Lidia sabía que *Palabrantura* crecería más y que, tarde o temprano, ese artículo sería publicado. Las oportunidades no cesaron. Una gigante tecnológica le ofreció financiamiento de ensueño. Las reuniones eran esperanzadoras y, si había algo que podría garantizar la aplicación de *Palabrantura* a escala mundial, era la participación de una empresa como esa. Lidia había aprendido en el camino y le pidió a Cid que revisara el contrato que le propusieron. Él descubrió que se estaban otorgando todos los derechos de explotación del juego a cambio de poco dinero. El contrato estaba escrito de tal manera que era difícil darse cuenta de la maniobra si no se la conocía de antemano y la dificultad aumentaba para una persona disléxica. La vida y los negocios eran un juego, y era fácil dar un paso en falso que pusiera fin a todo. Afortunadamente Lidia se apoyó en el consejo de Cid y encontró partners más confia-

bles. «No todo lo que brilla es oro», se dice y se entiende de la misma manera en Chile y en España.

Si al volver de Londres, después del máster, Lidia hubiera sabido que terminaría haciendo un juego y que ese juego cambiaría al mundo, habría pensado que era otro delirio como el que la llevó al hospital. No habría imaginado que *Palabrantura* sería una herramienta utilizada por gobiernos municipales para evaluar a toda la población. No habría imaginado que recibiría homenajes como un mural con su retrato en un colegio, entre otras muestras de afecto y admiración. Fue tal el impacto de *Palabrantura* que un día Lidia recibió un telegrama: el rey de España le comunicó que sería reconocida con un premio nacional. Si había un reconocimiento que podría impulsar la adopción de su tecnología en España, era ese. Ella asistió a la ceremonia de premiación sin sombrero.

P.D.: Luego de mucho tiempo recibí mi diploma. No venía firmado por el rey, sino por el decano de la universidad «en nombre del rey». ¡Qué fome!



*La Pajarito y Lidia me enseñaron a vencer a la muerte y la incertidumbre  
cuando estas querían llevarme hacia el fondo.*



## AÑO 12: EL ECO DE UN GRITO

Junto a la Pajarito estuvimos fuera de Chile poco más de tres años durante mi proceso doctoral. Al volver descubrimos que no solo nosotros habíamos cambiado, sino que también lo había hecho todo el entorno. Y ahora, casi diez años después de nuestro regreso, me he dado cuenta de que no logro conectar con quienes fueron mis amistades en Chile. A pesar de tener la oportunidad de verlos seguido, siento que cada día se agranda la distancia que nos separa. A veces les pregunto cómo están por WhatsApp o contesto sus publicaciones en redes sociales y, en verdad, casi nadie me responde. Tampoco comentan el contenido que yo publico y qué decir de reunirnos físicamente. Puedo contar con los dedos de una mano cuántas veces me han pedido juntarnos a tomar un café.

He escuchado historias similares de gente que dice que no se pueden hacer amigos en los cuarenta. Me pregunto si alguna vez los tuve realmente, sobre todo en Chile. Y recuerdo cuando estudié en el Liceo Lastarria, una escuela tradicional de Santiago donde solo se matriculaban hombres y donde el *bullying* era parte de la rutina diaria; me atrevo a decir que incluso era clave en las relaciones, ya que definía grupos y posiciones jerárquicas. De hecho, no todos tenían un grupo al que pertenecer. Uno de ellos era Sebastián, un chico retraído al que le gustaban las matemáticas, la estrategia del fútbol y el islam. Esto último definió su apodo: «el musulmán».

Era un interés que sus compañeros no entendíamos, puesto que su familia era católica (o eso creíamos). El fútbol lo salvaba del acoso en

ocasiones, porque solía ser el director técnico del curso en las pichangas de los recreos o en cualquier tipo de competencia donde el curso estuviera presente.

En el liceo, una de las maneras de evidenciar la jerarquía (y, por tanto, el poder) es la cantidad de amigos que tiene alguien. Por eso, a chicos como Sebastián se les solía enrostrar que no tenían amigos. Él, mucho más pragmático que el resto, en un día que lo acosaba un grupo de niños burlescos, empujó a quienes lo manoteaban y les gritó: «Yo no soy amigo de nadie».

La sala quedó en silencio, todos perplejos por la profundidad de su voz rasposa que hacía eco debido a la altura del techo.

Y luego todos reímos de manera insopportable.

En ese entonces no teníamos memes, al menos, no bajo ese nombre, aunque ciertamente el grito se convirtió en otra de las leyendas vocales que se solían repetir en los recreos. A veces le decían «yo no soy amigo de nadie» como respuesta a algo, otras veces se utilizaba como una manera de dar por zanjado un asunto que quizás no tenía nada que ver con Sebastián, incluso cuando él no estaba presente. El grito (siempre se decía gritando o simulando gritar) había adquirido un significado propio, inspirado en cómo él ganó su discusión: no es que no tuviera amigos, no es que otros no quisieran ser sus amigos. Él, simplemente, no era amigo. No buscaba amistad.

Sebastián se cambió a otro curso dentro del liceo al año siguiente y en los cuatro años de educación media no intercambiamos ninguna palabra. Nos volvimos a encontrar después, en la universidad, porque él también había entrado a estudiar Ingeniería, aunque no le interesaba la computación, como a mí, sino las matemáticas. Solo coincidimos en los pasillos durante los cambios de sala. No nos saludamos. Quizás no me reconocía, ¿por qué habría de hacerlo? Yo era uno más de los otros, mi rostro no era importante para él, solo era otra sombra que a veces se burlaba y de la que a veces se burlaban también. ¿Por qué lo recuerdo tanto, entonces? Imagino que, así como él era fan del fútbol

y los números, yo lo era (lo sigo siendo) de las historias. Por eso no olvidé su grito.

Ahora, desde mi perspectiva de adulto diagnosticado, reconozco en Sebastián las señales de la neurodivergencia, como el foco en intereses especiales (quizás el fútbol no era un interés tan especial, pero el islam sí, sobre todo en Chile en esa época), tener una manera distinta de (no) relacionarse con las demás personas o, más bien, no buscar relaciones y centrarse en la relación con uno mismo. Al pensar en él y en su grito, puedo entender dos aspectos de mi vida que tenía miedo de comprender. Para ser sincero, todavía lo tengo: usar una máscara para encajar en la sociedad y no entender la amistad *cercana*.

Pongo énfasis en *cercana* porque tengo amigos y amigas en distintos lugares del mundo, que he conocido en los viajes. Con esas amistades nos vemos una vez cada tantos años, sin las expectativas de vernos más seguido. Cuando coincidimos en un lugar, sea por una conferencia académica o por otras circunstancias, nos reunimos y esa frase cliché de sentirnos como si no hubiese pasado el tiempo desde la última vez se vuelve realidad. Quizás es justamente esa falta de expectativas en los demás lo que hace que este tipo de amistad funcione para mí. Me he preguntado si alguna vez esas personas fueron amistades o si solo estaba bajo una ilusión donde malinterpreté tener gente conocida que siempre es amigable y que se emociona por verte porque le recuerdas buenos tiempos. También me he preguntado si realmente manejo los mecanismos sociales para sostener una amistad.

Quizás alguien sí me consideró su amigo, pero yo no estuve en el momento en que me necesitó o no dije lo que tenía que decir cuando debí decir algo. He cometido errores también.

Quizás las amistades mueren al separarse en las distintas bifurcaciones que toma cada vida, pero no queremos asumirlo porque lo vemos como un fracaso, a pesar de que solo es el cauce natural de las cosas. Algunas amistades son una flor de fuego que dura un segundo;

otras, la llama de una lámpara que te acompaña en el camino. Ambas están hechas de luz.

Quizás me faltó construir más puentes, encontrar más que «temas intermediarios», buscar también «temas perdurables». Que el interés no esté afuera, sino adentro.

Cumplí cuarenta poco después de mi diagnóstico y me siento afortunado de compartir un proyecto de vida común con la Pajarito. Y exclamo: soy neurodivergente y puedo sentir y amar, porque me atrevo a decir que entiendo el amor. Junto a la Pajarito llevamos veinte años juntos, cuidándonos y aprendiendo uno del otro. No necesito más que eso, pero no puedo negar que estoy inmerso en un mundo donde lo que yo necesite no es lo único que importa. Los zorzales son monógamos y territoriales, pero aún así se cobijan en pequeñas bandadas durante las noches de invierno.

El doctorado y lo que vino después fue nuestro invierno; nuestros amigos de aventura, esa bandada. Pero ya cada cual ha migrado a su propio lugar. Dolores y Giuseppe siguen juntos, viviendo en Estados Unidos, pero ya no investigan. Nos enviamos postales cada año, nos reunimos cada dos. La última vez que nos vimos recorrimos Chile: a Giuseppe no le gustó el piure, a Dolores le encantó Chiloé. Nuria se retiró de *Street Fighter* para dedicarse a la poesía y a la docencia, alejada de la comunidad donde la conocí. Lidia sigue cambiando al mundo con *Palabrantaventura* y también busca un camino interno, ya que se divorció una vez y se ha casado por segunda vez, evento en Pamplona al que pudimos asistir. Cid se vio envuelto en guerras de poder al interior de la empresa y se cerró el *lab*, aunque fue indemnizado y se reinventó como innovador en inteligencia artificial en los Estados Unidos; seguimos probando nuevos sabores cuando nos volvemos a encontrar. Rosalie es directora de investigación en una empresa de tecnología. Con mis estudiantes intento tener el mismo trato y respeto que ella tuvo conmigo. Ella me dio parte de su humanidad y ahora es mi turno de compartirla. Rafael también ha tenido éxito. No le guardo rencor,

hemos conversado de manera amistosa cuando nos encontramos en alguna conferencia. Entiendo que tomó las decisiones que consideró correctas para su carrera. La academia es un lugar competitivo y despiadado, donde los números importan más que las personas, por lo que comprendo que algunas de ellas sigan ese camino. Es un tema de prioridades personales.

Con la Pajarito tenemos una editorial que nos ha permitido crear algo nuestro. Mi madre ya jubiló y todavía hay gente que la reconoce y le agradece por su trabajo en los colegios.

Ahora bien, este texto es injusto porque se enfoca en la relación con mi padre, pero, así como la Pajarito y yo tenemos nuestro proyecto editorial, mis padres tenían su proyecto educativo común. Cuando reviso las fotos de eventos familiares, me doy cuenta de que mi padre aparece en más fotos que mi madre. Su ausencia en las fotos familiares refleja una desigualdad sistémica que persiste: mientras los hombres protagonizaban los eventos, las mujeres invisibles trabajaban en la cocina. Espero que esas desigualdades se acaben. A veces yo también las cometo a pesar de ser más consciente de ellas. Por otro lado, quizás el registro más lindo que tengo es un video de ambos moliendo choclo para hacer un pastel en Santiago, cuando los visitamos durante el doctorado.

He tenido la fortuna de rodearme y encontrarme con personas que me han enseñado a amar y crecer. Sin embargo, el eco del grito de Sebastián continuará siguiéndome donde vaya. Durante décadas, antes de mi diagnóstico, me esforcé por parecer neurotípico, enmascarando mi verdadera forma de ser, un segundo *player* en lugar de mi yo verdadero, y pretendía tener amistades y sabía mantener viva esa ilusión. La ilusión se ha roto, tengo claro quiénes me rodean y a quién amo. No buscaré publicar un *paper* con lo que he aprendido y siga aprendiendo, aunque es posible que publique algunas historias donde asumo quién soy ahora: el <PLAYER I> de mi propia vida.